

be tener por principio ningún motivo humano, sino el amor de Dios. Los que se contentan solo por los castigos humanos, y aun los que no ocurren al tribunal de la penitencia sino por evitar los divinos, hacen ver la imperfección de su alma. No las domina el amor de Dios, sino el propio. Así el amor verdadero no se contenta con abstenerse de lo que la ley prohíbe y con hacer lo que ordena, sino que quiere practicar la virtud y multiplicar las buenas obras. El que ama no se contenta con no disgustar lo que ama, también solicita agradarle, y es difícil que no tenga vicios el que no tiene virtudes, pues la práctica de la virtud no es otra cosa que los medios de preservarnos del vicio.

La segunda manera de probar á Dios nuestro amor es sufrir con resignación por su amor. Este mundo se compone de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, de sanos y enfermos, de los que viven con prosperidad y los que gimen en el infortunio. Dios es autor de todas estas diferencias, y debemos someternos á sus decretos, sabiendo que todo lo gobierna con su clemencia y su justicia, y que todo es efecto de su providencia. Nuestra razón se turba viendo que la virtud padeciera y que la iniquidad triunfa; pero la religión nos enseña que si un Dios justo y santo permite esta desigualdad aparente, tiene razones secretas dignas de su sabiduría y que un día las conoceremos. Juzfide de aquel que corresponde á los bienes que Dios le hace con las iniquidades! ¡dichoso el que en medio de las tribulaciones no pierde á Dios de vista, que besa la mano que lo hiere y que lleno de confianza espera que sus aflicciones se convertirán en consuelo! La prosperidad nos engañara, y el hombre necesita de contratiempos que le despiertan y que le adviertan que no es esta la tierra del reposo.

La tercera es la de amar al prójimo como á nosotros mismos. Este el precepto que inculcaron mas Jesucristo y los apóstoles, queriendo que amemos hasta nuestros enemigos y que hagamos bien á los que nos aborrecen y nos hacen mal. Como el hombre no puede tener en sí mismo con qué pagar á Dios el bien que le hace, Dios subroga sus derechos en los otros hombres, y declara que tomará á su cuenta y como pagado á él mismo lo que hará por ellos. A mas de esto, promete grandes recompensas al que socorrerá á sus hermanos, y nos previene que es el punto en que será mas severo, añadiendo que este amor fraternal y esta caridad activa serán el atributo mas digno de la religión, la librea de sus discípulos y el carácter de los cristianos.

Es, pues, claro que las virtudes teológicas son el principio y la corona de nuestras buenas obras; pero observemos que el hombre lleva siempre consigo un enemigo oculto que las combate, y que si no las destruye, trabaja por disminuir su efecto, que desde su juventud continuamente le inclina á lo malo y á las acciones viciosas. Como el hombre es compuesto de espíritu y de cuerpo, por un extremo toca á la línea de los ángeles y por otro á la de los brutos. Parece que el espíritu dotado de razón debiera dominar el cuerpo y gobernar sus afectos; pero ¡ay! ¡cuántas veces los deseos del cuerpo pervierten á la razón y la subyugan!

¡Dios mío! qué inclinación, qué facilidad para el mal ¡qué trabajo, qué dificultad para el bien! ¡qué pasiones tan desenfrenadas que nos arrastran á la intemperancia y á los deleites! ¡qué ardor por obtener honores y riquezas, aunque para ello se atropelle la ley de Dios y de la ra-

zon! ¡qué deseos de venganza que nada los detienen! La juventud tiene sus vicios propios, y hasta la vejez los suya, y en todos tiempos domina un impulso secreto que nos inspira lo que quiere el apetito, sin pensar en lo que le manda la virtud. Este desorden nace de la degradación de la naturaleza, que quedó por el pecado inclinada á la tierra y esclava de los bienes visibles aunque caducos. Es un efecto del amor propio, amor ciego, sin regla ni freno, que no quiere escuchar la razón, que viola su voluntad á la de Dios, y que necio busca la felicidad donde no está.

¡Qué remedio encontramos á dano tan universal de que nadie está exento! La religión nos ofrece dos. El primero viene de Dios inmediatamente, y consiste en el socorro poderoso de su gracia que se puede obtener con la oración el otro es aquel continuo esfuerzo que hace el buen cristiano para donar el amor propio, sujetándole de manera que quede subordinado al amor divino, que debe quedar superior á todo. Este esfuerzo se llama mortificación, y consiste en la negación de la propia voluntad, de que hablé despues. La oración es el ruego ó la súplica que dirigimos á Dios para que nos conceda las gracias y socorros que necesitamos, tanto para la vida espiritual como para la temporal. Así la oración no solo es útil y laudable, sino necesaria, porque sin ella es imposible practicar la virtud y evitar el pecado. Esta es una verdad que enseña la religión y confirma la Escritura; porque Dios á pesar de su amor y de su magnífica liberalidad para el hombre, quiere que recurramos á su bondad y que sepamos que no podemos hacer ningún bien saludable ni perseverar en la justicia sin su socorro y asistencia.

Los hombres, pues, deben levantar continuamente su oración al Autor de quien descienden todas las gracias, y que no solo las distribuye con magnificencia, sino que es nuestro padre, y jamás las niega al que so las pide. Por esto su único Hijo nos enseña en la oración dominical que le supliquemos que no nos deje caer en la tentación, y nos ha asegurado que todo lo que le pidamos, con tal que sea con confianza, lo obtendremos. Esto debe entenderse de los bienes espirituales; porque en cuanto á los temporales, Dios sabe mejor lo que nos conviene, y aunque nos permite pedirselos, debe ser con subordinación á su voluntad. El apóstol, que sabia cuánto necesitaba del divino auxilio, quiere que nunca dejemos de pedirle, esto es, que le pidamos con frecuencia. Y Jesucristo, el gran Maestro de la vida cristiana, nos dice (1): *Vigilad y orad*. Estos son los remos con que se navega en el golfo del mundo.

La mejor regla para la oración es seguir los documentos y el uso que la Iglesia ha establecido entre sus hijos, y es dirigirse á Jesucristo, en cuya mano puso el divino Padre todo poder en la tierra y en el cielo, para que distribuyera sus tesoros inagotables entre todos los que le adoran. Debemos, pues, dirigirnos confiados á este soberano Salvador, que reina en el cielo y que nos da á cada instante tantas pruebas de su amor á este venerable Redentor que después de haber conversado con los hombres en la tierra, quería todavía comunicarse sin cesar con ellos por medio de la Escritura.

No olvidemos jamás que la Iglesia, tanto en la misa como en sus oficios, dirige todas sus oraciones al Padre Eter-

(1) *Matth.* XXVI, 41.

no Todopoderoso, pidiéndole sus gracias por los méritos de su Hijo Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios; que estos méritos son infinitos, y que el Dios de las misericordias nos oye favorable cuando le pedimos en nombre de su Hijo que es toda su gloria y amor. La Iglesia reconoce que todo lo que nos viene de aquella mano poderosa es debido á sus merecimientos. Cuando los santos y aun la misma madre de Dios interceden por nosotros, no presentan sus propios méritos, sino los de Jesucristo; ellos solos pueden ser eficaces, porque él solo es nuestro mediador; san Agustín dice que los santos ruegan en el cielo como lo hacían en la tierra, dando valor á sus oraciones por la interposición de su Salvador y nuestro, y esta es la manera de orar que el Hijo de Dios nos enseñó cuando nos dijo (1): *Toda lo que pidieris á mi Padre en mi nombre, os lo concederé*.

Como Dios está en todas partes y oye hasta los deseos del alma, se puede implorar en todas partes; pero el lugar especialmente dedicado para esto es su templo. Allí está en el trono de su gloria y de su clemencia, principalmente si está en el divino Sacramento, porque este es un motivo mas para excitar nuestro reconocimiento y devoción, y el mejor preludio de la oración es penetrarse de la presencia de Dios. La buena oración no consiste en muchas palabras ni en pensamientos ingeniosos; el divino Maestro palabras ni lo dicho. No es que le disguste el que le pidamos mucho tiempo; pero ha querido advertirnos que Dios sabe lo que necesitamos, y no se deja ganar por el tiempo ó el alborzo de las frases, sino por el ardor y pureza de la in-

tencion. Un peisano grosero con su tosca expresion pediria agradecerle mas que el sabio mas instruido, porque Dios quiere que se le hable con el corazón mas que con la boca.

Procuramos, pues, postrarnos en su presencia con un corazón humilde, tan desconfiado de su fuerza como confiado en la divina gracia. Pidámonse perdón de las culpas que la malicia ó la fragilidad nos hizo cometer, y socorro contra los peligros que nos amenazan cada instante. Cuando la fe nos dice que estamos delante de un Dios que penetra nuestros corazones, casi es imposible que estemos sin respeto, ni que cometamos la mas ligera irreverencia. Pues si es cierto que da gracias á los que le invocan con humildad, también lo es que puede castigar al instante al temerario que olvida estar á su vista y que muestra existencia en un don que renueva en cada momento.

Así pues... pero, señor, arrebatado por mi celo no considero que abuso demasiado de vuestra presencia, fatigándola con discursos tan dilatados; y como aun me queda que decir, os suplico me deis licencia para continuar mañana. Yo sí gracias al venerable varón por su celo caritativo, y me retiró. Yo, Teodoro, al instante me puse á trabajar porque mis compaños se habian aumentado. Al instante, pues, tomó la pluma para escribir el discurso del día, que es el que contiene esta carta, y me quedaba tiempo para estudiar mil cosas y aprender lo que el padre me habia encargado. Te aseguro que estudiaba noche y día con gusto, y á Dios gracias con aprovechamiento. Adios, amigo.

## CARTA XIX.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mío: como la mañana del día de que te voy á instruir me trajó un momento de mucho consuelo, empleo por darte la buena noticia, y es que al instante que me desperté procuré repetir mis oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repetí todas tan bien, que no me detuve un instante en nada. Las dije muchas veces, y siempre tan de seguido, que no pude dudar que ya las sabia. Mi ruego fué tan grande, que cuando vino el padre se lo dije. Me pareció satisfecho y me respondió que presto con el auxilio de Dios haríamos uso de ellas; entre tanto, me añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien condice al mismo fin. Después que nos sentamos me dijo:

Hacedme una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razón, la única que puede elevarse al conocimiento de su criador; y que pues el hombre solo es el que conoce, aunque imperfectamente, su principio y su fin, es claro que todo lo demás que Dios ha criado y que conserva, no puede ser sino por él y para él, que ve-

lo debe hacerle conocer su dependencia de tan grande Señor, y por consiguiente inspirarle una gratitud inextinguible á tan magnífico bienhechor. Reflexiona tambien que no hay instante en el día en que no tenga nuevas pruebas de su bondad, tanto en los peligros de que le liberta, como en la salud que le conserva, y en todas las desgracias espirituales y temporales de que le libera. La primera pues de sus obligaciones debe ser darle continuamente gracias, y por esto se nos enseña desde nuestra infancia á empezar el día con la oración, especialmente con la dominical, que contiene en sustancia todo lo que podemos decir y suplicar.

¡Qué culpado sería el hombre si renara una oración tan santa y que tiene un origen tan divino, sin el reconocimiento y la devoción que se le debe! El cristiano debe cada mañana desde que se levanta, sea en la iglesia ó en su lugar retirado de su casa, postrarse delante de la santa y adorable Trinidad, que llena con su majestad el universo. Allí debe penetrado vivamente de su presencia y descomulgándose de todo pensamiento torcido, hacerle protestaciones de adoracion, de amor, de alabanza, de deseos de su gloria y de que todos la conozcan, la bendigan y obedezcan. Allí

(1) *Luc.* V, 31, 32.

debe darle gracia de todos los beneficios recibidos y pedir con confianza otros nuevos. Allí debe humillarse profundamente a los pies de su autor, del creador de la naturaleza, confesando su propia bajeza y la necesidad continua que tiene de su socorro. Allí debe elevarse hasta la altura de este Rey de reyes, adorando su santidad, su clemencia y su bondad con la esperanza de que le ayudará con sus auxilios á arreglar su vida y conducirla por la vía de sus divinas leyes.

Al fin del día debe repetir la misma oración para agradecerle los beneficios que ha recibido en él. ¿Y quién puede conocerlos dignamente? ¿y cómo excusar la ingratitude de quien teniendo talento, dignidades, salud, bienes de fortuna, una mujer virtuosa, ó hijos de buen natural, no solo no da gracias á Dios, pero ni aun reflexiona sobre tantos bienes? ¿cuánto más delincente sería si lo atribuyera á su nacimiento, á su mérito ó al acaso? Tan orgullosa ingratitude merecía que los perdiera en el instante. El cristiano debe también todos los días adorar y dar gracias á su salvador, pues es el autor de todos estos bienes, ofreciendo su amor y pedirle su gracia para arreglar su vida conforme á este amor. ¿Qué puede faltar á la felicidad del que tiene propicio y favorable á Jesucristo?

Pero el mejor modo de orar es ponerse continuamente en la presencia de Dios y no hacer nada ni decir palabra sin considerar que Dios le ve ó que Dios lo oye; acostumbrar su imaginación de tal modo, que en todo lo que acontezca vuelva los ojos á Dios, contemplando ó su justicia ó su misericordia ó su providencia, y que el corazón se levante á un acto de temor, ó de amor, ó de confianza, ó de gratitud según las ocurrencias; en fin, que todo le dé motivo para que el alma perciba su dependencia y excite sentimientos que la eleven á su Creador. Esta presencia de Dios continua, estas elevaciones frecuentes tienen al hombre en comercio incesante con su Dios, y son quizá la mejor oración que se puede hacer.

Otro de los mejores medios para alimentar la devoción, es el canto ó el rezo de los salmos ó himnos á gloria de Dios. La antigüedad de esta práctica muestra bien su importancia. Los judíos en su templo cantaban los salmos, y los himnos que hoy á nosotros instruyen y edifican. San Pablo en los reglamentos que daba á los cristianos que componían las iglesias que formaba, les decía (1): "Alimentad vuestra devoción con los cánticos y salmos que cantareis en gloria del Señor." Y en su epístola á los hebreos les dice: "Oreos sin cesar por Jesucristo una hostia de alabanzas á Dios." Así fuera de la antigüedad de este ejercicio tenemos la certidumbre de que viene de Dios y que los apóstoles no lo han enseñado. ¿Y qué otra cosa son los himnos sino una música inagotable de afectos y alabanzas de Dios y de sus santos? Los salmos están llenos de santas instrucciones, de oraciones tiernas y de innumerables actos de fe, esperanza y caridad, y de los sentimientos más vivos de gratitud, arrepentimiento y humildad. ¿Y qué se puede hacer en la tierra cuando se ha de cumplir con sus obligaciones, sino bendecir al Señor, y enseñarse á lo que se hará eternamente en el cielo?

El modo más seguro para excitar y alimentar la devoción hasido y será siempre la lectura del Evangelio de

las epístolas de san Pablo y de los otros apóstoles. Es el Espíritu Santo el que habla en estos libros y no puede haber mejor guía. La Iglesia tiene intérpretes seguros que nos hacen entender estos oráculos divinos y debemos servirnos de ellos, y este es el alimento más sólido y más capaz de fortificar nuestra virtud.

El otro socorro necesario para resistir á las tentaciones y peligros de la vida es la mortificación. El hombre debe estar en guerra continua contra sí mismo y temer todas las diferentes situaciones del mundo. En la prosperidad debe temer que no se engulle en su corazón el orgullo, la incontinencia, la injusticia y otras mil acciones viciosas. En el infortunio ha de temer la impaciencia, las quejas, los despechos, y que no sea ocasión de robos, maldiciones y bajezas. Nuestra propia naturaleza depravada nos impelle solo á vanidad, avaricia, intemperancia y á cuanto puede disminuir nuestra santidad, y estos impulsos acaecen que no se pueden satisfacer sino quebrantando la ley y del Evangelio, se llaman tentaciones. Todos están sujetos á ellas, hasta los santos; pero mucho más los que viven sin freno ni cuidado.

El cristiano que no se olvida nunca del remordimiento que persigue á la culpa en esta vida y del castigo que la aguarda en la otra, conoce la necesidad de combatir y rechazar á los péridos consejos del amor propio, se endurece contra sí mismo y resiste á su voluntad cuando esta se opone á la razón y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado, que los sacará del camino y lo arrojará en el precipicio. La mortificación cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que también sabe tratar con rigor este cuerpo, que según el apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretexto ó de ocasión para la intemperancia en el comer, beber y en otros placeres ilícitos. Es pues necesario tener una atención sostenida para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamás adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazón la semilla de otra virtud que nunca conocióramos y niemos practicáramos los penales virtudes de que tampoco tuvieron la mejor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud de cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella nada que se le prepara en la otra. En fin, se acomoda á las desgracias, enfermedades, contrariaciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte, la acepta con la resignación que debe al amo que le llama. Esta sacrificio mismo tan duro para el soberbio, es para él un consuelo; porque su humildad le descubre la infinita extensión de la misericordia divina, y confiado en ella, mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad.

El cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazón, camina á la perfección á pasos largos. En cuanto á la mortificación del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser regalada por la prudencia. Un ayuno moderado es la penitencia que la Iglesia aprueba y aun ordena. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir, pero las penitencias caprichosas, extraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de exponer la salud con el deseo de sacrificarlo todo á su propia voluntad. Si no es causa de la fuerza para resistirlos, se les vería dar en exceso que los serían muy dañosos y se formarían desde muy temprano á toda especie de vicio. Cuando van creciendo en edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia, se ciegan hasta despreciar los consejos de la razón y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta de su corazón á todos los deseos y placeres, por más peligrosos que sean ó por más que están equivocados. Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Lo cierto es que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle tendrá siempre tentaciones. Este es el carácter de su naturaleza, y para superarla necesita de esfuerzos y de trabajar y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): "El Reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que le arrebatan." Así todos los buenos cristianos, que trabajan seriamente en el negocio de su salvación, tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegación de su propia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificación, porque saben que si no fueran el amor propio á que se someta á la razón y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado, que los sacará del camino y lo arrojará en el precipicio. La mortificación cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que también sabe tratar con rigor este cuerpo, que según el apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretexto ó de ocasión para la intemperancia en el comer, beber y en otros placeres ilícitos. Es pues necesario tener una atención sostenida para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamás adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazón la semilla de otra virtud que nunca conocióramos y niemos practicáramos los penales virtudes de que tampoco tuvieron la mejor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud de cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella nada que se le prepara en la otra. En fin, se acomoda á las desgracias, enfermedades, contrariaciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte, la acepta con la resignación que debe al amo que le llama. Esta sacrificio mismo tan duro para el soberbio, es para él un consuelo; porque su humildad le descubre la infinita extensión de la misericordia divina, y confiado en ella, mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad.

El cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazón, camina á la perfección á pasos largos. En cuanto á la mortificación del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser regalada por la prudencia. Un ayuno moderado es la penitencia que la Iglesia aprueba y aun ordena. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir, pero las penitencias caprichosas, extraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de exponer la salud con el deseo de sacrificarlo todo á su propia voluntad. Si no es causa de la fuerza para resistirlos, se les vería dar en exceso que los serían muy dañosos y se formarían desde muy temprano á toda especie de vicio. Cuando van creciendo en edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia, se ciegan hasta despreciar los consejos de la razón y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta de su corazón á todos los deseos y placeres, por más peligrosos que sean ó por más que están equivocados. Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Lo cierto es que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle tendrá siempre tentaciones. Este es el carácter de su naturaleza, y para superarla necesita de esfuerzos y de trabajar y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): "El Reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que le arrebatan." Así todos los buenos cristianos, que trabajan seriamente en el negocio de su salvación, tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegación de su propia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificación, porque saben que si no fueran el amor propio á que se someta á la razón y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado, que los sacará del camino y lo arrojará en el precipicio. La mortificación cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que también sabe tratar con rigor este cuerpo, que según el apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretexto ó de ocasión para la intemperancia en el comer, beber y en otros placeres ilícitos. Es pues necesario tener una atención sostenida para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamás adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazón la semilla de otra virtud que nunca conocióramos y niemos practicáramos los penales virtudes de que tampoco tuvieron la mejor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud de cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella nada que se le prepara en la otra. En fin, se acomoda á las desgracias, enfermedades, contrariaciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte, la acepta con la resignación que debe al amo que le llama. Esta sacrificio mismo tan duro para el soberbio, es para él un consuelo; porque su humildad le descubre la infinita extensión de la misericordia divina, y confiado en ella, mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad.

El cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazón, camina á la perfección á pasos largos. En cuanto á la mortificación del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser regalada por la prudencia. Un ayuno moderado es la penitencia que la Iglesia aprueba y aun ordena. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir, pero las penitencias caprichosas, extraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de exponer la salud con el deseo de sacrificarlo todo á su propia voluntad. Si no es causa de la fuerza para resistirlos, se les vería dar en exceso que los serían muy dañosos y se formarían desde muy temprano á toda especie de vicio. Cuando van creciendo en edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia, se ciegan hasta despreciar los consejos de la razón y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta de su corazón á todos los deseos y placeres, por más peligrosos que sean ó por más que están equivocados. Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Si no es causa de la fuerza para resistirlos, se les vería dar en exceso que los serían muy dañosos y se formarían desde muy temprano á toda especie de vicio. Cuando van creciendo en edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia, se ciegan hasta despreciar los consejos de la razón y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta de su corazón á todos los deseos y placeres, por más peligrosos que sean ó por más que están equivocados. Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Lo cierto es que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle tendrá siempre tentaciones. Este es el carácter de su naturaleza, y para superarla necesita de esfuerzos y de trabajar y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): "El Reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que le arrebatan." Así todos los buenos cristianos, que trabajan seriamente en el negocio de su salvación, tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegación de su propia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificación, porque saben que si no fueran el amor propio á que se someta á la razón y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado, que los sacará del camino y lo arrojará en el precipicio. La mortificación cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que también sabe tratar con rigor este cuerpo, que según el apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretexto ó de ocasión para la intemperancia en el comer, beber y en otros placeres ilícitos. Es pues necesario tener una atención sostenida para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamás adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazón la semilla de otra virtud que nunca conocióramos y niemos practicáramos los penales virtudes de que tampoco tuvieron la mejor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud de cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella nada que se le prepara en la otra. En fin, se acomoda á las desgracias, enfermedades, contrariaciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte, la acepta con la resignación que debe al amo que le llama. Esta sacrificio mismo tan duro para el soberbio, es para él un consuelo; porque su humildad le descubre la infinita extensión de la misericordia divina, y confiado en ella, mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad.

El cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazón, camina á la perfección á pasos largos. En cuanto á la mortificación del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser regalada por la prudencia. Un ayuno moderado es la penitencia que la Iglesia aprueba y aun ordena. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir, pero las penitencias caprichosas, extraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de exponer la salud con el deseo de sacrificarlo todo á su propia voluntad. Si no es causa de la fuerza para resistirlos, se les vería dar en exceso que los serían muy dañosos y se formarían desde muy temprano á toda especie de vicio. Cuando van creciendo en edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen experiencia, se ciegan hasta despreciar los consejos de la razón y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta de su corazón á todos los deseos y placeres, por más peligrosos que sean ó por más que están equivocados. Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Lo cierto es que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle tendrá siempre tentaciones. Este es el carácter de su naturaleza, y para superarla necesita de esfuerzos y de trabajar y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): "El Reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que le arrebatan." Así todos los buenos cristianos, que trabajan seriamente en el negocio de su salvación, tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegación de su propia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificación, porque saben que si no fueran el amor propio á que se someta á la razón y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado, que los sacará del camino y lo arrojará en el precipicio. La mortificación cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones cuando quieren arastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que también sabe tratar con rigor este cuerpo, que según el apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretexto ó de ocasión para la intemperancia en el comer, beber y en otros placeres ilícitos. Es pues necesario tener una atención sostenida para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamás adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazón la semilla de otra virtud que nunca conocióramos y niemos practicáramos los penales virtudes de que tampoco tuvieron la mejor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduría.

(1) Ad Ephes. V, 19.

Observad los niños en su primera edad, y veréis que ya se acomodan ellos el gusto de la independencia, y que na-

(2) Math. 11, 12.

(1) Ad Roman. VIII, 18.

lad, son peligrosas y ordinariamente deben evitarse. San Felipe Neri, gran maestro de la vida espiritual, estimaba más á los que castigaban el cuerpo con moderación, se aplicaban más á mortificar su voluntad, que á los que se daban con extremo á las austeridades corporales.

Así pues, el fondo ó la esencia de la religión cristiana, es la adoración de Dios por la mediación de Jesucristo, y su práctica es la observancia fiel del Evangelio; pero no olvidados aquellos hombres dichosos que pasaron ya su tiempo de prueba, y que habiendo glorificado á Dios con Jesucristo, y habiendo con su gracia observado heroicamente el Evangelio, están hoy en el cielo, viendo á Dios cara á cara, y gozando en su gloria la recompensa de sus virtudes. Estos son los amigos de Dios, los santos que han pasado con felicidad el golfo y reposan tranquilos en el puerto. La religión los venera, y nos ordena que los veneremos como protectores y que los imploremos para que rueguen á Dios por nosotros ó le presenten nuestros ruegos; pero es necesario entender bien el espíritu de la Iglesia para no caer en abusos que por desgracia han sido muy frecuentes en el siglo.

Los herejes, censurando con amargura algunos de estos abusos que se habían introducido en el pueblo, sobre todo en los siglos de ignorancia, por espíritu de obstinación cayeron en otros mayores, cual es abolir del todo la invocación y devoción á los santos. Por el extremo contrario, los rusos y todos los orientales del Oriente han caído sobre este artículo en reprobables excesos. La Iglesia católica, preservándose de uno y otro error, es la que tiene el justo medio entre los dos extremos; por consiguiente es importante saber su doctrina. Ve aquí lo que nos dice. Los santos ya recibieron en el cielo el premio de sus virtudes, ya están en la gloria de su Dios, de que gozarán toda la eternidad, su dichosa suerte es ya tan irrevocable como la de los ángeles, y merecen como ellos que nosotros les tribuemos en la tierra nuestro respeto y veneración. Si el mundo tiene sus héroes, ¿por qué la religión no tendrá los suyos? ¿por qué los santos del cristianismo que han sido modelos de todas las virtudes, no serán dignos de nuestro respeto?

Las fiestas que se instituyen en su honor, son para glorificar á Dios y agradecerle que las haya sostenido con su gracia, para recordar los ejemplos que nos han dejado de que procuremos imitarlos, y para que estos siervos de Dios, que sin duda han perfeccionado en el cielo con el amor de Dios el que tenían á sus prójimos en la tierra, se interesen en nuestro favor y nos ayuden á pedir á Dios que nos socorra. Hay una comunión existente, una correspondencia invisible entre la Iglesia triunfante y la militante, entre los viajeros y los moradores del cielo, entre los que adoran á Dios y esperan gozarse por los méritos de Jesucristo, y entre los que ya le gozan por los mismos méritos. Cuando nosotros invocamos su protección, los santos ven en Dios nuestras oraciones, se las presentan acompañados de los méritos de Jesucristo, y nos obtienen las gracias que pueden santificarnos.

La invocación de los santos es pues un medio útil y noble para esforzarnos con Dios nuestros ruegos, y como la intención de la Iglesia en las fiestas que los dedica es recordarnos sus ejemplos y su recompensa para exhortarnos á imitarlos, nos excita con ellas á leer la historia de su vida y á

reproducir cada año la memoria de sus virtudes para que no los olvidemos. Estos son los dogmas de la Iglesia católica, y repueba con soberanía los abusos que la ignorancia ó la superstición han intentado introducir. Saber que los santos no son más que hombres, criaturas y siervos de Dios, y aunque su dignidad con respecto á nosotros sea eminente porque gozan de Dios, es como nada con respecto á la infinita distancia que hay desde el Criador universal á sus criaturas.

Si con menos reflexión alguno da á los santos título de divinos, esto se ha explicado en otro artículo. Si no dice que tal Iglesia es de tal santo ó de la Virgen María, es estilo vulgar. La Iglesia católica, que los santos y los ángeles no se consagran ni dedican sino al solo Dios verdadero, no es consagrado ni dedicado de los santos sus siervos. Suele decirse tal misa es de tal santo, y esto significa que se hace en conmemoración de él. El sacrificio inerte del altar no se puede ofrecer sino á Dios; pero se lo puede ofrecer en memoria de sus santos, glorificándolos con Jesucristo por las gracias que les ha concedido. Así, dice el doctor angélico que nuestra devoción á los santos no se queda en ellos, sino que pasa á Dios, por cuya gracia lo son y San Gerónimo decía: Veneramos las reliquias de los mártires para adorar á Dios, de quien lo fueron, y glorificamos al siervo porque resalta la gloria sobre el amo.

También es esencial saber que nadie sino Dios puede conceder el perdón de los pecados, y que á nadie podemos pedirselo sino á él. El Evangelio nos dice que él solo, y no ningún santo, los perdonará: cuando los confesamos en el tribunal de la penitencia, es á Dios á quien los confesamos, y él es quien nos da la absolución por mano de su ministro, que no es más que el instrumento á quien ha conferido este poder. Debemos saber también que los santos no pueden ser los instrumentos de Dios; esto es, que los santos no son más que instrumentos con su intervención. Por eso cuando siguiendo el dogma de la Iglesia, rogamos á los santos que intercedan por nosotros, debemos saber que solo Dios nos puede conceder las gracias y que los santos no son más que intercesores. Si los santos pidieran por sí hacer milagros ó hacer gracias, serían dioses.

Cuando esta devoción se arregla de este modo, es muy útil para la virtud. La lectura de la vida de los santos, sus heroicos ejemplos de virtud nos excitan á la imitación, á dejar la vida ancha y peligrosas para entrar en el sendero estrecho por donde ellas se encaminaron á la gloria. Y si los invocamos para que nos consigan de Dios un arrepentimiento verdadero, gracia para vencer las tentaciones, fuerza para dejar las malas costumbres, ó para adquirir la virtud que nos falta, entonces nuestra devoción es ilustrada y sólida. Si las fiestas de los santos nos enseñan en el ardor de frecuentar los sacramentos y en el deseo de ofrecer en el amor de Dios y del prójimo, autosacrificios tribuamos un obsequio que nos es ventajoso, y que la religión aprueba.

La desgracia es que por lo común no imploramos á los santos sino para obtener bienes temporales, como la cura de una enfermedad, libertad de tempestades, incendios, una cosecha, ganar un pleito, tener hijos y otros. No di-

go que sea una acción reprobable recurrir á los santos para estas cosas, con tal que ninguna de ellas sea injusta ni perjudique al prójimo. Dios no nos prohíbe implorar su piedad para conseguir los bienes temporales, antes por el contrario, el mismo nos ha enseñado á pedirle el pan de cada día, y la Iglesia le pide que nos dé y conserve los frutos de la imitación de sus virtudes tanto como pueda permitirlo nuestra fragilidad. ¿Quién que no sea puro, verdadero y humilde puede aspirar á los bienes temporales? Se debe pedir tal que sirvan para adquirir los espirituales. Se debe pedir por la paz pública y particular, por la guerra y las discordias son causas de desórdenes y pecados, y se debe implorar la bondad divina en las calamidades generales y particulares; porque la excesiva pobreza puede precipitarnos en muchos peligros de conciencia; en fin, se puede pedir todo bien si son puros los motivos.

Pero la primera obligación de un cristiano cuando pide esta especie de gracias, es la humilde resignación á la voluntad de Dios, que sabe lo que nos conviene y lo que nos está mejor. El que no pide con esta disposición de ánimo y que solo pide á los santos ventajas temporales, muestra mucha ignorancia del espíritu de la religión, y no tiene más que una devoción falsa y mundana. Sus oraciones son un vil tráfico del alma propio, que no piensa más que en las cosas de la tierra, cuando la verdadera devoción no aspira sino á las del cielo. Mucho peor sería si pidieran cosas indecentes, injustas y presuntuosas, como los gentiles pedían á sus falsos dioses, de lo que se burla tanto Juvenal, aunque él mismo era gentil.

Si alguno se obstinara en negar esta veneración y culto á los santos, sería su conducta muy reprobable, por ser contrario á la práctica de la misma Iglesia y conforme á los sentimientos de los herejes. ¿Pero qué cristiano no se escogerá algunos amigos entre los cortosanos del cielo para que intercedan por él en carrera tan peligrosa?

Si alguna devoción particular puede inflamar al corazón de un cristiano que adora á Dios por Jesucristo, es el de María, su dignísima madre. Esta para virgen no solo es santa, sino reina de los santos, fuera de las ventajas con que es superior á todos por la eminencia de sus virtudes. Si son tan sublimes sus prerogativas que todo el resplandor de cuantos habían el imperio se obscurece á su vista, el título de madre del Hijo unigénito de Dios es tan elevado, que nuestro espíritu no puede alcanzar el grado de veneración que se le debe; así los cristianos la tributan un culto superior y mucho mayor que á los santos, la Iglesia nos dice que en nuestras necesidades obtenemos por su intercesión más poderosos socorros que por la de los demás bienaventurados. María es por excelencia la que fué llena de gracia, aquella por quien el Omnipotente ha hecho grandes cosas; que mientras vivió fué la más enriquecida de dones sobrenaturales, que ha sido elevada en el cielo á honores inefables, y que siempre misericordiosa, es en la tierra la protectora singular de los cristianos y el refugio de los pecadores.

Así no hay persona en nuestra religión, por poco que piense en la salud eterna, que no tenga una devoción particular á esta santísima Virgen, que no la venera como una tierra madre y que no la mire como una abogada poderosa. Fuera de esto, María es el mas perfecto ejemplo de humildad, pureza, paciencia, caridad, amor de Dios, y de las virtudes más eminentes. Todos los cristianos deben fijar los ojos en esta Reina para imitarla. En particular

las vírgenes que se consagraron á Dios hallan en ella el modelo más cumplido de lo que segrada á su divino esposo. Pero no basta para fomentar verdadera devoción contentarse con invocarla, con desearla; la devoción sólida consiste en la imitación de sus virtudes tanto como pueda permitirlo nuestra fragilidad. ¿Quién que no sea puro, verdadero y humilde puede aspirar á la más pura y verdadera de las vírgenes? ¿Quién que no amo y sirva á Jesucristo ya su Hijo puede complacer á la más amada y más amante de las madres?

La devoción que agrada señaladamente á María, los ruegos que gusta escuchar esta grande protectora, son los del pecador que la implora para que le obtenga de Dios gracias eficaces, á fin de que abandone el pecado y corrija su vida ó las del buen cristiano que la invoca para que le obtenga las que necesita para conservarse en la ley del Evangelio y que su fragilidad no le saque del camino derecho. La devoción de este último es la perfecta, porque al mismo tiempo que implora á María, cuida de servir al Señor, y no la implora sino para servirle siempre y para servirle más. Se puede asegurar que el que tenga esta devoción experimentará el fruto, y que esta divina Madre, que está llena del amor de Dios y de los hombres y que es tan poderosa intercesora, no abandonará al que la pide con tanto acierto hasta conducirlo á la vida eterna. Pero llanarse devoto de María, Virgen purísima, cuando se tiene el corazón corrompido, cuando no se repugnan las pasiones ni se piensa en mudar la mala vida, es muy impropio.

Bien sé que los herejes se burlan, porque ignorando la verdadera doctrina de la Iglesia, ó tal vez por malicia, la atribuyen ciertas opiniones excesivas sobre el culto de esta santa Virgen; pero los dogmas de la Iglesia están en los decretos de los papas y de los concilios, en los catecismos aprobados, y no en los escritos de algún autor particular que con celo indiscreto ha podido caer en excesos que la Iglesia desapruha. Ya he dicho que la devoción á María debe ser muy superior á la que se ha de tener á todos los otros santos, que no es posible alabar bastante á esta sublime criatura, la más perfecta que ha salido de las manos de Dios, la más enriquecida de sus dones, y sobre todo Madre de Dios. Debemos venerarla como la abogada más poderosa, pero no podemos pensar que pueda por sí perdonarnos pecados y sufrimos. Se dice que María manda en el cielo, pero debemos saber que en el cielo no hay otro poder que el de Dios, fuente ó principio de todo bien y de toda gracia, y el de los desgraciados Dios y gómbres, á quien su Padre le ha comunicado. El oficio de María es rogar ó interceder por nosotros, pero no mandar. *Ruega por nosotros*, la dice la Iglesia, y esto es lo que debemos entender.

Se dice también que no podemos expresar ni bien ni justo sino por el canal de María. Esta expresión puede ser justa si entendemos por ella que esta Virgen sin mancha es el canal que nos ha dado á Jesucristo, único dispensador de todos los dones y bendiciones celestiales. Sería grave error entender que Dios y su divino Hijo no pueden acordarnos gracias sin la intercesión de María. Nosotros no reconocemos, dice el apóstol, mas que un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres que es Jesucristo. No podemos expresar gracia alguna sin la mediación de este divino Salvador, pues según el mismo san Pablo, es el

único que ha podido reconciliarnos con Dios y el único que por su propio mérito puede obtenernos las gracias que necesitamos. Se puede dar á la Virgen el título de mediadora por analogía, y por la fuerza que sus ruegos tienen con su Hijo, y por ser ella Madre dulcísima de todo el género humano.

Aunque la devoción á María es tan justa como útil, es menester no obstante que esté siempre viva en nosotros la que ha de ser la primera y la mas esencial de un cristiano, que es la que debe profusar á Jesucristo. Sus méritos son la única confianza de los hombres, ellos son los que nos consiguen el perdón de nuestros pecados, los que nos sostienen entre los escollos y peligros de esta vida, y los que por fin nos conducen al cielo. La misma Iglesia nos enseña también á llamar á María nuestra esperanza, y con este título la saludamos, considerando su mucha caridad y la eficacia de su intercesión.

El cristiano, mientras vive, dice san Pablo, debe trabajar en su salvación con temor y temblor. La conversión y la gracia final son dones gratuitos de Dios, y nadie jamás puede dar la seguridad de obtenerlos. Acordémosnos siempre de que el mismo Jesucristo nos ha dicho: Si pidiérais alguna cosa en mi nombre, yo os la concederé, y observemos que no dice en nombre de otro, sino en mi nombre. No olvidemos tampoco lo que nos dice el grande apóstol teniendo por pontífice á Jesús, Hijo de Dios, que ha subido al cielo; mantengámonos firmes en la fe que profesamos, porque el pontífice que tenemos no es tal que no pueda compensarse de nuestras enfermedades, habiéndonos experimentado como nosotros, solo que no pudo pecar. Proseguémos pues con confianza delante del trono de su gracia, á fin de recibir allí misericordia y ver socorridos en nuestras necesidades. ¿Quién pues á vista de tanta necesidad y seguridad no irá derechamente á arrojarle á los pies de un Dios tan dulce y misericordioso? ¿quién nos puede amar más que Jesucristo que murió por nosotros, que nos alimenta con su carne y su sangre, que desea y solo aguarda que le Rogemos para otros? ¿qué cristiano puede tener temor al desconfianza? Rogámonos pues en derredura, y pidámos á los santos, en especial á María madre de misericordia, que rueguen por nosotros y nos ayuden con sus oraciones.

Debe sin embargo decirse que cuando la devoción á María se arregla en los términos que la Iglesia prescribe, es la mejor, porque la de Jesucristo no entra en cuenta, pues de la mas estrecha obligación, ó por mejor decir, es la esencia y el fondo del cristianismo. ¿Quién puede dudar que esta Madre de misericordia llena del espíritu de su Hijo, no se enterece vivamente por los que acuden á su protección? ¿Y qué podrá negar este Hijo infinitamente piadoso á la criatura á quien mas ama y en quien ha derramado con profusión sus gracias? Que María sea pues el objeto de vuestra continua veneración y amor. Acogeos á ella en todas vuestras necesidades, sobre todo para obtener los bienes espirituales. Ella es la madre del amor hermoso, del temor filial y de la santa esperanza, y ella podrá procuraros estos bienes superiores á todos los del mundo. Ella os asistirá en la vida, y yo me atrevo á aseguraros que experimentaréis su poderosa protección á la hora de la muerte.

Yo quisiera inspiraros tambien una veneración particu-

lar á san José. Si Dios escogió á María para su verdadera Madre, escogió á José para esposo verdadero de María, para su padre putativo y le fió la custodia y el cuidado de la Madre y del Hijo. ¿Qué títulos tan sublimes! qué derechos para ser escuchado! No olvidéis á vuestro ángel de guardia; esta es la devoción general de todos los cristianos que saben que es el amigo, el compañero que Dios les ha destinado, que les sirve, les guarda y continuamente intercede por ellos á Dios y que los asistirá en la hora de la muerte. Después de esto escoged los que Dios os inspire, pero no olvidéis que todos estos no son mas que servos que piden por nosotros y que Jesucristo solo es el Señor á quien debemos dirigir todos los afectos y adoraciones de nuestro corazón.

La devoción cristiana cuando es verdadera, es interior y siempre reside en el corazón, que ama sinceramente á Dios y á los hombres por amor de Dios, en el corazón que está siempre pronto á obedecer sus mandamientos y que solo espera en sus meritos y sus méritos. Sin embargo, el buen cristiano no debe contentarse con esta devoción interior, y debe declarar con actos exteriores los sentimientos de su alma. Esta obligación nace tanto del respeto que debemos al prójimo como del que debemos á Dios; pues el que obsecra en nuestra conducta ó nuestros discursos algo que pueda desmentir esta idea, podrá escandalizarse ó autorizar de nuestro ejemplo para imitarle. No se puede concebir cómo un cristiano pueda estar sin respeto en las iglesias; es tan contrario á la decencia como injurioso á la religion el verlos sin modestia en los templos, para pasar el tiempo, hablar de noticias, y tal vez de sus desórdenes. No deberían presentarse sino con la compunción y la humildad de pecadores que van á implorar misericordia y se presentan con la disipación y el aire de personas que van á divertirse, como los que van al teatro ó á las asambleas profanas.

Este desorden viene de que no están penetrados de la presencia de Dios, de que no reflexionan que no se va al templo sino para adorarle, hablarle y suplicarle, que el mismo Dios escoge de nosotros retribido favor y respeto cuando asistimos á las santas funciones de iglesia y sobre todo al incienso sacrificio de la misa, ¿qué cuando lo tan repugnante es ver á tantos que en las procesiones en que acompañan al Señor y están á su vista, lejos de seguirle con silencio y respeto, parece que no van sino para divertirse y derramar los ojos por todas partes, para ver y ser vistos, y camin, que no se juntan en la comitiva que sigue á Jesucristo sino para insultarle y despreciar sus castigos! Por el contrario, ¿qué espectáculo tan edificante es el de los cristianos que con el cuerpo y el corazón humillados manifiestan los afectos interiores de su alma con la modestia y fragilidad humana, que con los ojos del alma todo lo que la fe enseña á los ojos del alma!

Aun me queda, señor, que hablaros de artículos muy importantes en la religion, y acaso los mas necesarios, pues aunque todo lo que hemos dicho sean medios útiles y santos para evitar el mal y practicar el bien, es tanta la flaqueza y fragilidad humana, que á pesar de todo cae y viola la ley. ¿Cuál fuera nuestra desgracia si la misericordia de Dios no nos hubiera proporcionado socorros mas poderosos, tanto para levantarnos como para fortificarnos en la sucesión? Este Dios lleno de bondad nos ha reservado medios eficaces con que podemos volver á entrar y

crecer en su gracia y en todos los derechos del bautismo. Tal es el sacramento de la penitencia, y además para fortificarnos el sacrificio de la misa con el sacramento de la eucaristía. Estos son los grandes tesoros de la religion, las fuentes inagotables de la gracia, tanto mas excelentes y dignos de veneración, cuanto su divino fundador los ha proporcionado á la capacidad de los pequeños é ignorantes y á la de los grandes y de los sabios.

Lo que debe relevarnos más á nuestros ojos, es el infinito precio de que están revestidos. Sin duda que las oraciones públicas y particulares pueden obtener mucho del Señor; pero es á proporcion de la fe y de las otras disposiciones con que se hacen; pero en estos actos sublimes de la religion hay la ventaja de que fuera de que cada uno recibe un precio proporcionado al grado de su devoción, tienen en sí mismo una santidad y un precio superior que nos añade muchas gracias. Por eso la Iglesia nos recomienda tanto el uso frecuente de los sacramentos. La razón de ahora, porque sin ellos no se consigue la salvación, y porque ellos nos atraen poderosamente las bendiciones celestiales.

En efecto, señor, el cristiano frágil que no supo conservar la gracia que recibió en el bautismo, y que por la transgresión de la ley, de hijo de Dios que era se hace esclavo del demonio, el hombre que de heredero del cielo con Jesucristo, se ve por sus pecados destinado á las penas eternas, no tiene otro remedio que lavar estas nuevas manchas en las aguas saludables de la penitencia. Esta es la única tabla que queda después del naufragio. ¿Pero qué misericordia de Dios! ¿qué consuelo para el hombre débil y miserable, que siendo tan inclinado al mal y sabiendo resistir tan poco, se le haya concedido este nuevo medio de reconciliación! La religion nos dice que á todo pecador que con buena fe y determinado á corregirse confiesa arrepentido sus pecados, Dios le abre todas las puertas de su misericordia, le perdona en el instante y le recibe como un buen padre á un hijo arrepentido.

El garante de esta promesa es el mismo Dios, y fuera hacerle injuria y no tener justa idea de un padre tan elemental, dudar de que nos haya perdonado después de una confesión íntegra y sincera. Solo debemos desconfiar de nuestra propia flaqueza con el temor de que nos arrastre á nuevas faltas, y por eso debemos acogerlos á una oración frecuente, y servirnos de ella toda nuestra vida, para obtener la gracia, sin la que nos sería imposible sostenernos. Pero debéis saber que Dios se complace cuando nos ve arrepentidos, y le damos ocasión de perdonarnos si volvemos á él con arrepentimiento verdadero y propósito eficaz de corregirnos. Esta idea debe restablecer la paz en el alma y hacernos andar de nuevo en su presencia con inviolable fidelidad.

No solo este sacramento nos es necesario para recobrar la gracia, mas tambien nos es útil para conservarla y crecer en virtudes; porque tiene dos fines principales: uno es hacernos adquirir la gracia que habíamos perdido y el otro auxiliarnos á emendar nuestros vicios pecados, inclinando nos al ejercicio de las virtudes contrarias. ¿Pero cuántas hay que han tenido momentos favorables en que abriendo su corazón al dolor de sus pecados, los han confesado con el mas verdadero, y han podido persuadirse con razon de la bondad divina que se los habría perdonado, y con todo eso no han conservado largo tiempo estos sentimientos y han caído de nuevo! Hay mas confesiones que conversaciones

y es mas fácil implorar la clemencia de Dios que defendernos después de la flaqueza humana. Hay otros, y estos son pocos, que parece que se valen de su facilidad en perdonar para repetir sus desórdenes, como si el tribunal de la penitencia fuera un lugar de refugio para vivir en la impudicia.

El remedio de estos males es vetar sobre sí y pedir á Dios continuamente que nos asista con su gracia, leer libros devotos y asistir á sermones morales, escoger un confesor prudente, á quien tratemos como á un amigo de la mayor confianza, á quien demos cuenta del estado de nuestra alma y con quien nos confesemos de nuestras culpas aunque sean ligeras, para que nos aconseje en las tentaciones y peligros de la vida, porque fuera de los bienes que nos dará esta conducta óficial y obediente, el pecador debe saber que habiendo ofendido á Dios gravemente, no solo está obligado á vetar sobre sí con mas atención, sino á producir frutos dignos de penitencia.

Esto es el dictamen de los santos padres, que dicen que la vida de un cristiano debe ser una continua penitencia, para borrar los pecados antiguos como para preservarse de los nuevos. La oración, el ayuno, la limosna, la mortificación y las obras de misericordia deben ser el estado habitual del que fué tan injusto, que abandonó á su Dios para entregarse á sus pasiones. El esclavo que huyó de su amo y que á su vuelta no recibió mas que halagos y caricias, debe redoblar la fidelidad y recompensar con la paciencia y mayor aplicación á su trabajo el castigo de que se le ha dispensado por bondad.

Pero como á pesar de nuestra razon, la naturaleza huye de todo lo que la puede hacer sufrir, Dios, viendo que nuestra flaqueza no nos permitirá hacer penitencias voluntarias para borrar nuestros pecados y prevenir los nuevos, se digna por su misericordia de mortificarnos por sí mismo. Con este fin nos envia las pestes, las guerras, los incendios, los plúts, las pesadumbres, la pobreza, y mas que todo esa larga lista de enfermedades que afligen á los hombres. ¿Quién puede enumerar todas las males á que están sujetos? ¿Y quién de nosotros no paga un tributo de dolor? El pecador envuelto en la impudicia y á quien sus remordimientos baidan en el desorden de su vida, debe saber que merece ser castigado y debe aceptar con resignación un castigo que el no hubiera tenido la fuerza de imponerse, alegrándose de desquitarse con él en este mundo una deuda que le hacia responsable á pagar en el otro con pena eterna.

Esta sumisión voluntaria, esta resignación filial á todas las adversidades, nos hace ver un orden admirable en todos los desórdenes aparentes que Dios permite en el mundo. Y esta virtud, una de las mas importantes de nuestra religion, es la que llamamos paciencia, hija, segun san Pablo, de las tribulaciones. El cristiano debe sufrir ó estar en intencion de sufrir por amor de Dios todo lo que le envia. Así lo han hecho y hacen todos los dias los santos que tienen un jefe que los anima con su ejemplo y que con sus sufrimientos y dolores les ha enseñado á cargar su cruz. Sufrió el Señor por nosotros, dice san Pedro, para que nosotros siguiendo sus pasos. Es menester tener valor en las tribulaciones de la vida y estar ciertos que cuanto mas sufrimos por amor de Dios, tanto mas recompensaremos recibiremos. Dichosos los que lloran, porque serán consolados, dice Jesucristo (1) para aliento de los afligidos.

(1) Matth. V, 5.

Si muestra lo fuera viva, conociéramos bien que las tribulaciones son el camino más seguro de obtener recompensas infinitas, y nosotros seríamos los primeros a buscarlas. No hay nada, no hay trabajo que no sea ligero por amor de Dios. Hasta la muerte misma se hace agradable. El último motivo de nuestro consuelo es conocer que Dios sabe mejor lo que nos conviene para ser virtuosos y salvar nuestras almas; por consiguiente que es locura murmurar de la Providencia. En efecto, la experiencia nos muestra que la prosperidad suele ser el principio de la perverción, en vez de que la aflicción humillándonos y desengañándonos de los falsos bienes, nos hace acordar de Dios. La naturaleza corrompida quisiera que todo el camino del cielo estuviera sembrado de flores. Dichoso el que acepta con resignación todo lo que Dios le envía. No es mi asunto tratar ahora del sacramento de la penitencia; tratemos de este asunto cuando vos estéis en disposición de hacer confesión general. Entonces os explicaré las condiciones y requisitos que necesita tan grande acción. Pero me ha sido preciso hacer memoria de él para abrazar toda la idea ó el espíritu de nuestro sacrificio.

Lo mismo digo del sacrificio de la misa. Esta es la acción más santa, más sagrada, más preciosa que podamos dar á Dios el culto que le conviene, y obtener gracias de su misericordia. Esta es una acción á la que no se puede comparar ninguna otra, pues que ha sido instituida por el mismo Dios y nos ha recomendado su ejercicio. La misa es una renovación de la última cena que hizo nuestro divino Salvador cuando consagró el pan y vino y distribuyó su cuerpo y su sangre á los apóstoles bajo las especies sacramentales; aquel mismo cuerpo que iba á entregar á los jueces para que le atormentasen y aquella misma sangre que había de derramar por la remisión de los pecados. Entonces recomendó á los discípulos renovar la memoria de su pasión, diciéndoles: *Haced esto en memoria de mí*, y entonces instituyó este santo sacrificio y sacramento.

Sabemos que los apóstoles lo ejecutaron. San Pablo insistió sobre la pureza y devoción con que los cristianos deben presentarse á la mesa del Señor, y los Actos de los apóstoles nos aseguran que se acercaban á ella con el mayor respeto y las más vivas acciones de gracias. ¿Quién que ama su religión no pensará en los afectos en que se hubiera encontrado si hubiera tenido la dicha de asistir á este banquete celestial y recibir de la propia mano de su Redentor su divino cuerpo y su preciosa sangre? ¡Hay muchos, decían san Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquia, que hayan visto con sus ojos el rostro y la persona de Jesucristo! Pues bien, siempre que vamos á la misa y participamos de la santa Eucaristía, le vemos realmente en el sacramento. No sólo nos permito gozar de su presencia con los ojos de la fe, sino tocarle y recibirle en nuestros corazones. ¿Qué sentimiento no debe producir en nosotros la idea de que está allí tan presente como lo estaba en la última cena con sus discípulos!

La misa es también una conmemoración de su pasión que fué el último esfuerzo de su amor á los hombres. El apóstol nos dice: Siempre que comiérais este pan y bebieris este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga á juzgarlos. Por eso el cristiano que asiste á la misa debe tener á la vista el grande espectáculo del Calva-

rio, ver á su Salvador expirando en la cruz y derramando su sangre por rescatarnos. Pero la misa contiene las dos principales acciones del Hijo de Dios, la una como eucaristía en cuanto nos da este pan celestial que alimenta nuestras almas y las sostiene en la virtud, y la otra como sacrificio para borrar todos los pecados que la fragilidad nos hace cometer aplicándonos los méritos de Jesucristo cuando estamos bien dispuestos para recibirlos, y ve aquí por qué es el más augusta, importante y útil de los actos cristianos, tanto para adorar á Dios del modo más perfecto, como para implorar las gracias necesarias para no ofenderle y conseguir el perdón de nuestros antiguos culpas; y porque es también el medio más propio para dar gracias á Dios de sus beneficios.

Para comprender el fruto que se puede sacar de la misa, basta considerar cuál es su mérito. Es el único y verdadero sacrificio de los cristianos, y como hemos dicho, renovación del inefable sacrificio que ofreció á Dios Jesucristo, cuando dió en la cruz su vida por los hombres. Desde el principio del mundo ha habido sacrificios. En todo tiempo los hombres han dado la muerte y ofrecido á Dios corderos, cuadrúpedos y volátiles. Era como un tributo que se pagaba á su soberano poder de todo lo que existía, y este sacrificio y oblation que hacía á Dios de los animales, era un símbolo que representaba la disposición del hombre á sacrificarlo todo, hasta su propia vida, por agradarle y aplacarle. Los gentiles tenían también sus sacrificios y era tradición universal que este era el único modo de hacer propicia la Divinidad.

Pero el apóstol, y con él los santos padres nos han advertido que aquellos sacrificios hechos por los hijos de Adán y por los judíos, no eran más que sombras y figuras de este sacrificio de amor que estaba preparado. Era necesario que Jesucristo, que así estaba representado por el cordero que los judíos mataban y comían en su Pascua, se ofreciese él mismo á la muerte para rescatarnos del pecado y restituirnos al derecho que habíamos perdido de la gloria. Los profetas habían predicho que aquellos sacrificios sangrientos cesarían, reemplazados por otro más puro y más espiritual. David había anunciado que el Mesías sería sacerdote según el orden de Melquisedec, esto es, según el orden de aquel sacerdote rey, que no ofrecía á Dios animales degollados, sino pan y vino; y Jesucristo nos sirvió del pan y del vino para transustanciar uno y otro en su cuerpo y su sangre. El animal que se ofrecía á Dios en los antiguos sacrificios se llamaba holocausto, hostia ó víctima, y el Hijo de Dios que se encarnó y se hizo hombre, se ofreció á Dios en la cruz como víctima sin mancha por nosotros. Desde entonces no ha dejado de serlo y lo será mientras el mundo exista y mientras los sacerdotes de la nueva ley consagren con las especies de pan y vino.

Era también uso en los antiguos sacrificios, que aquel que daba la víctima tenía el derecho de participar, y haciendo una parte en señal de que el sacrificio era suyo, y para obtener por él las gracias que pedía. Y por eso en este nuevo sacrificio del altar, en que Jesucristo se ofrece por víctima á su Eterno Padre, ha permitido á todos los fieles que puedan participar de la víctima y comer y beber del cuerpo y la sangre que sacrificó en el Calvario, y ofreció de nuevo por ellos. Esta es señal de que el sacrificio se ofreció por ellos.

Este corto número de verdades debe hacernos ver lo admirable y divina que es la santa misa. ¡Con qué devoción se debe celebrar y oír! En cualquier lugar que esté el Sacramento, sea en el tabernáculo, sea en el altar, sea que se lleve en procesion ó en viático, le debemos contemplar en su trono de misericordia, le debemos adorar y pedirle sus gracias; en todas estas circunstancias podemos esperar obtenerlas, y conseguir poderose socorros para el arreglo de nuestra vida, pero en ninguna de ellas hay la ventaja que se encuentra en la misa; porque en todas estas circunstancias la acción del cristiano que se dirige á Jesucristo, no tiene más mérito que el del fervor y devoción del que suplica, lo que los teólogos llaman *ex opere operantis*; pero la misa tiene en sí misma un mérito intrínseco, que se aplica al cristiano bien dispuesto que la oye; y al ministro que la celebra, *ex opere operato*.

Sin duda que la buena disposición de uno y otro es necesaria para adquirir el fruto, y dar gracias á Dios de los beneficios recibidos y obtener nuevos; pero la adquisición de estas gracias se debe á la virtud y fuerza ó eficacia del inmenso sacrificio por sí mismo, porque el Hijo de Dios le ha destinado especialmente para aplicar sus méritos infinitos á los que le celebran dignamente. Y si los sacrificios de la ley antigua, que no eran más que figura de la merced, era un manantial inagotable de gracias, ¿qué no deben esperar los cristianos que ofrecen á Dios, Criador de la naturaleza, no víctimas sangrientas de animales, sino á su Hijo único y muy amado, al cordero sin mancha, por quien todas las gracias se obtienen y cuya sangre es tan preciosa, que una gota sola basta para borrar los pecados de millones de mundos?

Aunque es verdad que no se puede ofrecer á Dios hostia más santa y agradable, y por consiguiente es en sí misma de valor infinito; pero su valor en cuanto se aplica al cristiano es más ó menos limitado, según su disposición particular y la aceptación que Dios se digna hacer. En primer lugar participa la Iglesia ó la universalidad de los fieles, por los cuales se ofrece á Dios, después los muertos á quienes alivian las oraciones de los vivos. La Iglesia lo cree así, fundada en la tradición de todos los siglos y en el libro de los Macabeos. Es cierto también que particularmente se aplican los méritos ó á quienes tienen intención de aplicársela, aun cuando no estuvieran presentes, si se hallan con las disposiciones necesarias. Cual sea la medida de gracias que cada uno recibe, es un secreto que Dios se ha reservado. El tesoro es infinito, pero depende de un aceptación; lo que nos importa saber es, que no hay ruego ni oración que reciba más favorablemente que el sacrificio del altar.

No solo los justos están obligados á asistir, sino todos los fieles los días de fiesta, aunque se reconozcan culpados de pecados graves. Pues aunque es verdad que la misa no confiere la gracia que santifica al que la ha perdido, y que según el concilio de Trento, este efecto pertenece al Sacramento de la penitencia, con todo, el pecador que asiste con respeto y compuncion, aunque indigno de ofrecer víctima tan santa, puede pedir y esperar gracias que lo excitán al arrepentimiento y lo conducen al sagrado tribunal. Esta oracion hecha con sinceridad es por lo ordinario oída, y una vez que se rompen las cadenas del pecado, las gracias vienen con más abundancia.

Como la misa es un sacrificio de propiciación, si no borra los pecados mortales, no merece el perdón de los veniales y si los detestamos sinceramente. Afidá á esto las gracias espirituales y temporales que podemos haber mejor con nuestras necesidades ó degradadas, y aquel inefable sacrificio no las adquiere, con tal que nuestra oracion no tenga por principio al amor propio, sino el deseo de santificarnos, y de servir á Dios con todo el ardor de que somos capaces. Todas estas verdades están indicadas en las mismas oraciones de la Misa.

Pero hay gran diferencia entre los que participan de la santa mesa. Los primeros, cuando están sin culpas mortales y sin amor á las veniales, y cuando se unen en espíritu con devoción al sacerdote, reciben muchos bienes, y pueden por un acto particular pedir á Dios que se les apliquen los méritos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que no tiene la falta de recibir, y esto se llama comunión espiritual. Esta acción hecha con recogimiento, devoción y deseo, es muy útil.

Pero la comunión sacramental es el mayor tesoro de las gracias, pues el cristiano recibe en ella el cuerpo y la sangre de su Salvador. Esta comunión, indispensable en el celebrante para consumir el sacrificio, es el canal por el cual se comunican todos sus frutos á los fieles. No hay alimento más sólido ni más propio para sostenernos en el difícil camino del mundo. Si los santos, si los religiosos pueden preservarse del pecado, si resisten á las tentaciones, si sus acciones son agradables á Dios, todo lo deben á este pan de vida, que sostiene su natural flaqueza, y pueden esperar que la sostendrá hasta el fin; pues el mismo Señor les ha dicho que quien come este pan vivirá eternamente.

Pero esto basta ahora en cuanto á la penitencia, misa y comunión. Cuando llegue el momento de ejecutar estos actos, los más sublimes de la religion, podremos hablar más expresamente de cada uno en su lugar. Ya os he dado una idea general de la religion, y no creo haber dicho todo lo que podiera. El tiempo y las circunstancias nos darán ocasion de desenvolvernos sucesivamente lo que sea necesario, y espero que la gracia del Señor y la lectura de los libros buenos os aclararán de entender de todo.

Pero antes me habeis dicho que ya sabéis de memoria las cosas importantes que os he recomendado, es suplico por aquellos que el sacerdote nombra ó á quienes tiene intención de aplicársela, aun cuando no estuvieran presentes, si se hallan con las disposiciones necesarias. Cual sea la medida de gracias que cada uno recibe, es un secreto que Dios se ha reservado. El tesoro es infinito, pero depende de un aceptación; lo que nos importa saber es, que no hay ruego ni oración que reciba más favorablemente que el sacrificio del altar.

No solo los justos están obligados á asistir, sino todos los fieles los días de fiesta, aunque se reconozcan culpados de pecados graves. Pues aunque es verdad que la misa no confiere la gracia que santifica al que la ha perdido, y que según el concilio de Trento, este efecto pertenece al Sacramento de la penitencia, con todo, el pecador que asiste con respeto y compuncion, aunque indigno de ofrecer víctima tan santa, puede pedir y esperar gracias que lo excitán al arrepentimiento y lo conducen al sagrado tribunal. Esta oracion hecha con sinceridad es por lo ordinario oída, y una vez que se rompen las cadenas del pecado, las gracias vienen con más abundancia.

Ya veis, señor, que este acto es grande, que es un nuevo empeño que vamos á tratar con Dios, y pedirle que oiga nuestros votos, que nos reciba en su seno y que nos trate con misericordia; y aunque Dios está en todas partes por su inmensidad y nos oye en todo lugar, la Iglesia quiere que los actos de religion se hagan cuando se puede, en los lugares consagrados por ella al ejercicio de su culto. Esta es la casa devoracion, el santuario en que da el Señor su audiciencia, y donde escucha con mas favor los suspiros de un corazon arrepentido.

Nosotros tenemos, señor, en el lugar destinado á enterrar los muertos de esta casa, y donde sus cuerpos esperan la resurreccion general, una capilla en que los hacemos los últimos oficios. Allí se ve una imagen venerable del Señor crucificado, á quien consagramos las oraciones que hacemos por ellos. Los vivos van tambien cuando entran aquellas cenizas quieren renovar la idea de la muerte, ó cuando fuera de los actos comunes quieren particularmente consolarse con su Dios. Este lugar es solitario, y mañana si me lo permitis os llevaré á él á la hora que creamos no habrá nadie, y podemos ejecutar allí lo que deseamos.

Mi fin es recibiros en nombre de la Iglesia y admitiros en su seno, porque hasta ahora no estais en él. Vos os habeis excluido vos mismo, y no gozáis de los dones que

el cielo distribuye por su mano. Vos no participais del fruto de las oraciones que ella hace por los fieles, pues no estais en su comunión; pero al instante que por vuestro arrepentimiento y vuestro ruego entrais en su gremio, tendréis parte en todos sus sacrificios y buenas obras, porque esta es la ventaja de los cristianos, que todos participan de las oraciones de cada uno, y son, señor, muy poderosas para un Dios las súplicas y ruegos de una esposa pura y querida, en que están unidos todos los escogidos que ama en toda una eternidad.

Yo dije al padre, que estaba obediente á todo lo que disponia y que me hallaria pronto á seguirle y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendados esta noche á Dios; llamad á María su Madre, á san José y á vuestro ángel de guarda, pedídes que asistan á este acto solemne, en que vais á consagrarnos á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el día mas importante de vuestra vida, pues vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guía á la eterna felicidad. El padre se fué, y yo, Teodoro, quedé esperando este día, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues habia tenido la misericordia de ponerme en el principio. Adios, Teodoro, hasta mañana.

## CARTA XX.

### EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mio: antes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy desasosegado. Mi corazon palpitaba, como que me disponia á un acto grande y extraordinario, la inquietud no me dejaba parar, y me pasaba con pasos apresurados por el cuarto. Unas veces me parecia que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño, otras que no la podría sostener; en fin, me encontraba rodeado de incertidumbres y ansiedades; pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó. Su aspecto religioso y este carácter de santidad que estaba grabado en su fisonomía, excitó en mí un rápido recuerdo de todo lo que me habia dicho. Esto bastó para detestarme mis irresoluciones, experimenté un nuevo valor en el ánimo, y me dispuse á seguirle.

Me condujo por diferentes claustros hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo vi una grande sala rodeada de muchos sepulcros, en que segun me dije, reposaban sus hermanos. Este lugar no estaba alumbrado sino por una pequeña lámpara, cuya luz reverberaba sobre la imagen de un Crucificado, colocado en un altar que se veia en el centro.

La vista súbita de esta imagen, que por su naturaleza inspiraba pavor, me conmovió de tal suerte, que me estremecí. Yo no sé si el padre lo conoció, porque me dijo: Es nuestro Dios, pero Dios de amor y de misericordia.

Se puso de rodillas; yo lo imité, y mientras él hacia oración, mil pensamientos vagaban por mi espíritu, todos rápidos y confusos; era una mezcla de terror, sombro, religion y horror; todos se sucedian y se rechazaban. Yo queria hablar con Dios, yo hubiera deseado hacer actos religiosos; pero á pesar de mis esfuerzos conocia que me eran extrajeros, y era que como mi alma no estaba acostumbrada, no le eran sus familiares.

Pero haciendo reflexion de que ya sabia y estaba convencido de que Jesucristo era mi Dios y que habia muerto por mi amor: esta idea me llenó de horror y de indignacion contra mí mismo. Me pareció que mi perversidad era invencible, y levantando los ojos á él, le dije mas que con los labios con el corazon: ¡Socorro! ¡piedad! Las lágrimas me saltaron á los ojos, y como si hubiera quedado fatigado de este esfuerzo, me sentí como desfi-

llecido, quedé en un silencio estúpido y en una entera suspension de mis facultades. No sé lo que esto duró; pero habiéndome levantado el padre, me hizo tambien levantar, y levándome á un banco que estaba cerca, me dijo así:

Ya estamos, señor, en la iglesia y en la presencia de nuestro Dios. El nos oye, y puede ser que todo el cielo observe lo que vamos á hacer. Su misericordia os ha conducido aquí, y os ha inspirado el deseo de volver á entrar en el seno de la religion. La Iglesia, como hija de Dios, como esposa de Jesucristo, siempre penetrada de su espíritu á ejemplo de su amante esposo, nada desea tanto como restituir á su rebaño las ovejas perdidas; pero me parece conveniente que y como su ministro os explique antes lo que es la Iglesia y lo que los fieles la deben indispensablemente.

La Iglesia, señor, es un cuerpo místico. Todos los fieles son sus miembros, y Jesucristo, que la fundó con su divina sangre, es su cabeza. Jesucristo, cuando subió á los cielos, la confió todo su poder, asegurándole que cuando ella desatara sobre la tierra, él lo desataria en el cielo. La prometió una proteccion infalible, diciéndola que estaba con ella hasta la consumacion de los siglos; la dejó toda su autoridad, declarando que el no escucharia seria no escucharle á él mismo; la hizo su esposa querida, pues están en su seno los escogidos que amó desde la eternidad, y la envió su espíritu divino para que fuese el oráculo y el intérprete de toda verdad. Solo con saber estos títulos, podéis considerar los derechos que tiene sobre los hijos que recibe, y las obligaciones que nos impone como á cristianos.

Desde el instante pues que por el bautismo entramos en su gremio, nos declaramos sus vasallos y la debemos obedecer como á nuestra soberana. Somos sus hijos y la debemos amar como á nuestra madre. Nos hacemos sus miembros, y debemos sostener y apoyar el cuerpo místico de Jesucristo, á que nos hemos agregado. Es nuestra soberana porque Jesucristo la dejó en su lugar, revisiéndola de todo su poder; es nuestra madre porque como dice san Agustín, nos ha reengendrado en Jesucristo, nos ha dado educacion cristiana, y nos ha instruido y criado en la fe, y es el cuerpo místico de Jesucristo pues la ha fundado haciéndose su cabeza.

Como soberana impone leyes, hace decretos, da sentencias, y nos gobierna dirigida por el espíritu divino, conformándose con las máximas puras del Evangelio; como madre, nos tiene en su seno, nos da los socorros espirituales, nos cria en nuestras necesidades y cuida de nosotros con la atención mas afectuosa y mas constante; como cuerpo místico de Jesucristo, nos une con este jefe adorable, á quien sirve de canal para que derrame sobre nosotros los divinos influxos de su gracia. Nos comunica todos los méritos de su sangre y nos conduce en fin á la gloria. ¡Que razones! ¡qué motivos para que la amemos!

No se puedo dudar que Jesucristo dió á la Iglesia este poder soberano cuando dijo á los apóstoles que la representaban (1): *Todo lo que atáreis ó desatáreis en la tierra, será atado ó desatado en el cielo: esto es, todo lo que juzgáreis, todo lo que determináreis, todo lo que*

mandáreis en materia de doctrina y de costumbres, será confirmado y ratificado en el cielo de tal manera, que todo juicio pronunciado á todo órden dado por la Iglesia se debe considerar como si lo fuera por el mismo Dios.

Esta autoridad es de tal extension, que no es hoy poder humano que no la esté subordinado. No es que la Iglesia pretenda pasar los limites que su esposo la ha puesto y exceder el imperio que la ha dado. Su divino Salvador la declaró positivamente que su reino no era de este mundo, haciéndola entender que no era temporal, y por eso, lejos de elevarse sobre las autoridades humanas, lejos de querer debilitarlas, se ha mostrado celosa de mantener sus derechos y la obediencia que se les debe. Sus dos mayores oráculos lo han precedido. San Pablo dijo que todos se sometian á las potestades superiores, porque están establecidas por Dios, y que el que les resiste, resiste al mismo Dios y se acrea una justa condenacion. San Pedro nos enseña que obedecemos á nuestros superiores, tanto al rey que está encima de todos, como á los comandantes y otros enviados que se hallan revestidos de su autoridad.

Pero cuando se trata de lo espiritual, entonces todo debe rendirse y humillarse desde el monarca sobre el trono hasta el mas inferior, que va arastrándose por el polvo, desde el grande hasta el pequeño, y desde el sabio al ignorante, todos deben reconocer la soberanía de la Iglesia y contenerse en la reverente submission que se la debe, sin excepcion de lugares, clases ó circunstancias.

Este poder es de tal preeminencia, que los hombres no conocen otro que el igual. Ningun soberano ó potentado tiene un derecho tan extendido sobre las almas; esto es, ninguno puede obligarlas á creer todo lo que él cree, á pensar todo lo que él piensa, á condenar inferientemente todo lo que él condena, ni aprobar todo lo que él aprueba. Es verdad que yo debo por espíritu de obediencia conformarme con el corazon, en cuanto puedo, á lo que juzgan ó mandan; pero como sé que son hombres y capaces de error, si en efecto se engañan no me es posible pensar como piensan.

Sola la Iglesia, como es infalible, dice: cred tal cosa y estamos obligados á creerla, y á creerla tan íntimamente y tan de corazon, que ya no podemos dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido. Si habla, el ingenio mas sublime y el mas limitado deben igualmente rendirse, y si uno ni otro pueden examinar de nuevo su definicion. Si alguno negara á la Iglesia esta submission, pudiera justamente tratarse de rebelde, separarse de su comunión y maldicirlo, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes indóciles, cuyos descarriados ó perdidos, á menos que el Señor no les vuelva al aprisco. Filósofos esta gracia; pero pidámosle sobre todo para nosotros la sencillez de la fe y una docilidad de espíritu que nos preserve de semejantes desvarios.

Como hijos debemos tambien amar á la Iglesia nuestra madre. Un profeta decía: una madre puede olvidar al hijo que ha parido y yo transformando la proposicion sin que contradiciría, añado: un hijo puede olvidar á su madre que le crió en su seno y á quien debe la vida y el ser? La madre que abandonara á su hijo y no le tratara con caridad, sería indigna de tal dulce nombre; pero el hijo que la renuncia ó la trata con indiferencia, desmiente todo el ca-

(1) *Matt. XVIII, 18.*

riador de la naturaleza y de la razón. ¿Y quién, si considera la conducta de la Iglesia con todos los fieles, puede dudar que nos trate con toda la atención y los cuidados de un malvado?

Desde que nacemos nos reengendra en Jesucristo por el bautismo, nos marca con el sello de Dios, que es el carácter de la fe, nos recibe en sus brazos, y se encarga de darnos la fehe espiritual. En el discurso de nuestra vida se sirve de sus medios para instruirnos, para enseñarnos, para dirigirnos en los caminos de Dios, y para que volvamos á entrar en ellos, si por desgracia nos extraviamos. ¿Cuántos ministros diputa! cuántos medios nos presenta! cuántas oraciones dirige á Dios! cuántas ofrendas y sacrificios multiplica! No piensa sino en socorrer nuestras necesidades; ni nos persuade sino la solitud de los intereses eternos, que son los verdaderos. Así nos conduce en las diferentes edades de la vida, velando y trabajando por nosotros.

¡Pero en la muerte! En esta paraje tan peligroso es cuando dobla su vigilancia, muestra toda su acción interior; entonces abre sus tesoros, da á los sacerdotes que nos asisten todos los poderes, no se reserva nada, y los confiere toda su jurisdicción para perdonar y absolver. No hay mas que oír hablar. ¡Con qué palabras y afectos se explica en la recomendación que hace á Dios del alma de un moribundo! Nada hay tan vivo ni tan expresivo. Y no se contenta con esto, porque si en la muerte ama á sus hijos, también los ama después de la muerte. Ellos se van, se desaparecen, pero ella no los olvida. Quiere que sus cuerpos reposen en la tierra santa, que sus huesos se conserven con la decencia conveniente, y se interesa toda- vía mas por sus almas. Tiene que amque feles pueden ser deudores á Dios y sufrir un fuego que los purifique hasta que satisfagan la justicia del Señor; por eso les ayuda con oraciones, con suffragios y sacrificios, y sin intermisión ruega, solicita y trabaja afanada.

¡Qué amor de nuestra parte puede corresponder á tanto amor! Supongamos un hijo bien inclinado, que conoce el celo y los afanes infinitos de una madre á quien lo debe todo. ¡Qué amor! ¡qué ternura sentirá su corazón! ¡Habrá señal de afecto que no le dé! ¡habrá honor que no la ceda! ¡habrá respeto que no la rinda! Pues si nosotros amamos á la Iglesia, ve aquí el modelo que podemos seguir, y ve aquí cómo debemos agradecer los bienes que nos ha hecho y nos hace todos los días. Debemos unirnos con ella indisolublemente, con el mismo espíritu que David con Jerusalem, que no era mas que su figura, y la diremos con mayor razón (1): "Antes que yo te olvide, que olvidé mi mano derecha; antes que pierda memoria tan dulce, que es la alegría de mi corazón, que se se me ni lengua y que quede pagada al paladar." No hay respeto ni hay consideración humana que pueda embarazar este sentimiento, porque nada debe en nuestra estimación compararse con la Iglesia, como que estamos unidos íntimamente con ella y que sus intereses son los nuestros.

Así nuestra primera obligación es sostenerla y apoyarla. Ya hemos dicho que la Iglesia es un cuerpo místico y moral, que Jesucristo es su cabeza y que nosotros somos sus miembros. San Pablo nos lo repite muchas veces, y par-

(1) Psal. CXXXVI á v. 5.

tiencialmente en su epístola á los de Efeso, hablando de Jesucristo, les dice (1): "Dios ha puesto todas las cosas á sus pies. Le estableció jefe de su Iglesia, la cual es su cuerpo, le representa entero, y tiene en todos su perfección." Como si el grande apóstol dijera: Hermanos, todos juntos hacemos un cuerpo con Jesucristo. La congregación de los fieles unidos á Jesucristo por la fe, es el cuerpo de la Iglesia; pero estos mismos fieles separados y considerando á cada uno en particular, son sus miembros. Cuando los miembros crecen y se fortifican, el cuerpo también se fortifica y crece; por eso Jesucristo en calidad de nuestro jefe recibe mas perfección á medida que el cuerpo por la unión de los miembros se fortifica y perfecciona.

Este título de miembros de la Iglesia es uno de los mas gloriosos que podemos presentar á Dios, pues como tales lo somos también de Jesucristo. Cuando la Iglesia por el bautismo nos agregó á su cuerpo, nos hizo contraher con su jefe una alianza tan estrecha como inmediata. Desde que somos miembros de la Iglesia, ya no somos extranjeros ni extraños, sino domésticos de la fe. Ya somos pueblo escogido y de la ciudad de los santos, piedras vivas del edificio nuevo fabricado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, en que el mismo Jesucristo es la piedra angular. Participamos de todas las gracias que la comunica sin medida su divino jefe, porque ella es la depositaria de las fuentes sagradas en que el Salvador derramó las aguas de la vida. Es que distribuye el precioso infinito de su sangre preciosa y la derrama sobre sus miembros con una efusión continua. Esto muestra el grande interés que tenemos todos de que subsista y cuánto nos importa trabajar por su conservación y aumento.

Yo sé que sin nosotros la Iglesia subsistiría hasta el fin de los siglos, y que según la prometió Jesucristo, jamás el infierno podrá prevalecer contra ella; pero esta certeza que los hombres no podrán destruir, puede por la mala disposición de los miembros que lo componen, tener sus pérdidas y sus alteraciones, ya porque algunos de sus hijos desertan, ya porque se debilita la caridad de muchos, y ve aquí lo que debe encender nuestro celo.

Así lo hicieron los apóstoles cuando con riesgo de la vida y á precio de su sangre empezaron á formar la Iglesia y á extenderla por todo el mundo, y así lo hacen hoy tantos varones ilustres que se consumen en el trabajo y vigilia por defenderla; tanto dignos ministros que en los pulpitos, en los confesionarios, en las conferencias públicas y particulares consagran su afán y sus talentos para edificar la Iglesia, tantos hombres apóstoles que pasan los mares para predicar el Evangelio á los idólatras y á los bárbaros. Y no hay cristiano que no deba tener á proporción el mismo celo; pues, como dijo Tertuliano, cada cristiano es un soldado que cuando es menester debe combatir por ella.

Como en el cuerpo humano, decía san Pablo (2), cada miembro contribuye á la buena constitución del cuerpo, y todos se ayudan unos á otros, así en el cuerpo de la Iglesia todos debemos con una santa uniformidad unirnos de manera que no permitamos que se haga ninguna ofensa y que nos pongamos como una muralla impetrable á los golpes

(1) Ad Ephes. I, 22, 23.

(2) Ad Roman XII, 4, 5.

que la tiran el error y la incredulidad. Este deber es común y general, pero debe proporcionarse á los medios de cada uno.

Si no sostenemos la Iglesia con el ministerio de la palabra pura no tenemos ni el don ni la vocación para este difícil ejercicio, sostengámosla con la pureza de las costumbres, y probemos la verdad de la fe con la santidad de nuestras obras. Si no hay penetración en nuestras luces ni extensión en nuestros conocimientos, sostengámosla con la docilidad de nuestra sumisión y con una firmeza imperturbable, que jamás se separe ni de sus decisiones ni de sus preceptos. Si no podemos defenderla contra los tiranos, sostengámosla contra los artífices de la herejía, contra los insultos de la licencia, contra los ataques de la incredulidad, y no suframos que nadie ni de ningún modo la ataque en nuestra presencia, sin manifestar del modo que nos sea posible nuestra desaprobación. Esto es lo menos que la debemos, esto es lo que hemos prometido en el bautismo, y esto es lo que vos debéis prometerla ahora nuevamente.

Ya veis, señor, lo que es la Iglesia, ya escucháis lo que exige de vos. Ahora pues, consultad vuestro corazón, examinad si os mantenéis en la disposición del otro día, y explícitamente si me ratificáis las promesas que me hicisteis entonces. Decidme pues si renovais de corazón vuestro bautismo, si renunciáis de nuevo al demonio, á la carne y á las pompas del mundo, si pedís á la Iglesia que os admita en su santa sociedad, protestando vivir y morir en su comunión, creyendo cuanto enseña, obedeciendo cuanto manda, y suplicándole os reciba como su vasallo, su hijo y miembro de su cuerpo místico. ¡Lo haceis así, señor?

Yo le respondí con los ojos llenos de lágrimas, y mas con la acción que con las palabras: Sí, padre. Vuestra voz ha llegado hasta el cielo, me dijo con un tono inflamado; los ángeles se han alegrado, y Dios la ha recibido en su seno; postrémonos ahora en su presencia, y hagad la protesta de la fe. Yo dije con el corazón enternecido y con la voz balbuciente el *Credo*, el *Padre nuestro* y el *Ave María*, y cuando acabé de decir mis oraciones, el padre como si se sintiera inspirado de un espíritu divino, con voz sonora y con un tono que mostraba toda la fe y el ardor de su corazón, echó la bendición sobre mí y me dijo:

Yo, ministro de la Iglesia aunque indigno, legítimamente autorizado; yo que en este momento la represento imitando el espíritu de su divino esposo, Dios de misericordia, que es siempre pronto á recibir al pecador arrepentido que se acoge á su seno, yo recibo en su nombre vuestras promesas, yo os admito en su santa sociedad, yo os declaro de su comunión, yo os abro las puertas de su misericordia. Desde este instante ya participáis de sus oraciones y de todos los frutos espirituales de sus sacrificios y buenas obras. Ella os admitirá á todos sus sacramentos, os recibirá penitencia cuando vengaís á confesarlos vuestros pecados, os dará lugar á su tiempo en la mesa del Señor, y ahora le pido con ella que cultive en vuestro corazón las santas disposiciones que os ha inspirado y os haga la gracia de vivir y morir en su seno.

Después que me dijo estas palabras con tal unión y eficacia que me llenaron de un terror religioso, se volvió á mí, y con expresión dulce y majestuosa me añadió: Ya estáis señor, en el gremio de los cristianos; ya sois de la nación santa, y espero que del número de los escogidos. Ya también sois mi hermano en Jesucristo, ya somos hijos del mismo

Padre; yo le bendigo por tantas misericordias. Permitidme para sellar esta seluste unión, yo aunque indigno pueda daros el ósculo fraterno de la caridad cristiana; y el venerable pastor enlazándose entre mis brazos, imprime sus puros inocentes labios sobre mis mejillas, que estaban anegadas en mi llanto. ¿Cómo podrá explicarte, Teodoro, la impresión que me produjo esta acción inesperada! El corazón me palpaba y daba saltos impetuosos; toda mi sangre se encendió en un fuego divino que me corría por las venas.

¡Qué diferencia, amigo, de este ósculo santo de la virtud á los únicos que yo conocía! ¡á los ósculos profanos y canales del vicio! ¡Oh cuán brutales y groseros me parecían los otros entonces! jamás había sentido sensaciones tan dulces ni halagos tan deliciosos. Esta fué la primera vez que comencé á entrever que había deliciosas castas muy superiores á las que habían sido toda la ocupación de mi vida. Cuando consideraba que un hombre santo, querido de Dios y agradable á sus ojos, había tocado mi carne impura con labios que no se ocupaban mas que en las altabanzas del cielo y en los ejercicios de la virtud, que un varón puro, templo vivo de Dios, quizás no habría profanado jamás su boca con un contacto profano, se dignaba, impellido por la caridad, de dar el ósculo á un monstruo de abominación, me hallaba tan humillado como complacido, y sentía en mi alma un ruego de la dulzura celestial que se derrama en un corazón penitente cuando empieza á desterrar las angustias duras y las congojas turbulentas de los remordimientos. ¡Será posible, le dije yo apretando con mis labios su santa mano, que el Dios de bondad se apiade de mí y quiera restablecerme en la generación de los que le buscan y que lo gozarán eternamente?

No lo dudeis, señor; y lo primero que debemos hacer, es darle gracias por tan inmenso beneficio. Considerad que este es el día mas precioso de vuestra vida. Esto es el primer paso que dáis en el camino del cielo, y sacando un papel me lo dió diciéndome: Ved aquí una oración que os suplico la digáis todas las mañanas por espacio de ocho días, y que ahora por la primera vez direis conmigo. Nos pusimos de rodillas, el padre la recitaba, yo le seguía repitiendo lo que había dicho, y la oración era en estos términos:

"Dios omnipotente y eterno! ¡Dios trino y uno! ¡Dios misericordioso! yo, la mas indigna de tus criaturas, te doy de lo íntimo de mi corazón humildes gracias por los muchos beneficios que te debo, y en especial por el que me dispensas este día. Tú me hiciste nacer en el seno de tu Iglesia, yo por mi corrupción apostaté y me separé de esta santa madre, que es la única que te adora como tú quieres ser adorado como tú quieres ser adorado. Tú por una bondad tan rara como no merecida me has llamado de nuevo y me permites volver á tu santa sociedad.

Tú me admites en el número de tus hijos. Tú te dignas alimentarme con la doctrina de tu Iglesia que Jesucristo tu Hijo unigénito y tu cabeza invisible, cimentó con su sangre, de esta Iglesia que confió á san Pedro y á sus sucesores para que ocupasen su lugar, de esta Iglesia católica, apostólica y romana, que es la única Iglesia verdadera, la inextinguible columna de la verdad y que sostiene tu mano protectora.

Dios de misericordia yo te imploro para que me inspires una tierna y religiosa veneración á esta santa madre! un afectuoso interés á todo lo que la pertenece y un celo



recibido de la divina libertad. El que no perdonó á su propio Hijo y le entregó á la muerte por nosotros, ¿no nos ha dado con él cuanto nos podía dar? Este era el raciocinio del apóstol, y según esta regla se puede decir, que aunque es verdad que todo lo debemos á Dios, pues todo nos viene de su mano, también lo es que cuando le presentamos su Hijo, todo se lo pagamos, y que parece no queda deudora nuestra gratitud.

Este pensamiento puede ocupar útil y santamente nuestra alma todo el tiempo que está presente al sacrificio. Repasa en su memoria los beneficios de Dios, no puede contarlos porque son sin número, sabo que no los merecí porque ve su pobreza y miseria, lo reconoce así y se humilla. ¿Qué haré pues? dice con David. ¿Qué daré al Señor por lo que me ha dado? No queda largo tiempo dudoso; al instante se determina, porque tiene en el altar un tesoro pronto y el mas abundante; la preciosa víctima que se ha sacrificado. Toma, pues, siguiendo la expresión del mismo profeta, el cáliz de salud, y llena de confianza le presenta á Dios y cree que paga todas sus deudas dignamente. ¿Con qué respeto, con qué afecto debe presentar esta ofrenda? ¿Qué celo y gratitud basta para un Dios tan bueno y magnífico, que no solo le dispensa tantos bienes, sino que le da un tesoro con que pueda corresponderle?

También es sacrificio de propiciación y de expiación, pues expia y borra los pecados, aplacando la ira de Dios tanto en favor de los vivos como de los muertos. Que su sacrificio de propiciación para los vivos, no se puede dudar; pues el Salvador de los hombres que le consumó en la cruz, derramó en ella toda su sangre para borrar los pecados del mundo y aplacar á su Padre justamente irritado contra nosotros; y como el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz, pues es la misma hostia ó el mismo cuerpo y la misma sangre del hombre-Dios, es necesario que tenga la misma eficacia y virtud.

Solo hay una diferencia, y es que el de la cruz fué sangriento y el del altar no lo es. Así lo dice en términos precisos el concilio de Trento, enseñándonos que Jesucristo no quiso que su sacrificio se acabase en la cruz, sino que siendo sacerdote por una eternidad y sacerdote según el orden de Melquisedech, se propuso dos designios: el primero, que su sacrificio se perpetuase en la Iglesia hasta la consumación de los siglos; el segundo, que se repitiese en las especies de pan y vino, que Melquisedech ofreció al Señor; y esta doctrina está apoyada en las palabras del Hijo de Dios que refiere san Pablo en su primera epístola á los de Corinto (1). Siempre que comiereis este pan y beberéis este vino, anunciareis la muerte del Señor.

¿Qué quiere decir *anunciareis*? No es decir solamente recordad, haec memoria de esta muerte, sino renovarla y el mérito os será aplicado; y por esta razón Jesucristo en el sacrificio del altar es víctima de propiciación por nuestros pecados del mismo modo que lo fué en la cruz; y siendo así, vos debéis concebir que los pecadores, aunque lo sean, no deben alejarse de un sacrificio que ha sido instituido para ellos y para solicitar las gracias de la reconciliación. Todos debemos asistir, pero los pecadores mas. Participar de este sacrificio comulgando con conciencia de pecado, sería un enorme delito, y la Iglesia lo prohibe con graves

(1) *I Corinth.* XI, 26.

penas; pero participar asistiendo, lo aconseja. En su desgracia, esta es una esperanza para el pecador y le importa mucho no perderla.

Venid pues, señor, á esta piscina saludable, empezad por oír la hoy y continuad todo el tiempo en que os preparéis á la confesión. Yo como ministro de la Iglesia pondré en movimiento no una agua salúfera, sino una sangre divina; venid con la misma disposición con que el publicano fué á orar en el templo. Era un pecador, pero á la vista de sus iniquidades se humilló, se confundió, no se atrevió á levantar los ojos, y decía á Dios: Señor, sedme propicio, que soy un pecador. Este debe ser nuestro modelo. El publicano cuando se retiró ya iba perdonado, ya era justo. ¿Quién sabe si vos recibiréis la misma gracia? ¿si se os concederá la misma contrición? ¿y si en fuerza de ella seréis perdonado aun antes de llegar al tribunal de la penitencia?

Es también sacrificio de propiciación en favor de los muertos, y la prueba irrevocable de esta verdad para todos los cristianos es la antigua y constante práctica de la Iglesia. En todos los tiempos ha ofrecido por ellos el santo sacrificio, y tenemos testimonios seguros de esta uso en todos los siglos y en cada uno de ellos. Pero aun hay mas, pues sabiendo á los de la ley antigua, tenemos el ejemplo en Judas Macabeo, y sabemos que mandó hacer sacrificios por los soldados de su ejército que habían muerto en un combate. La Iglesia no es menos tierna ni cuida menos de sus hijos difuntos que la Sinagoga, y el sacrificio que ofrece por ellos es de un precio infinitamente superior al de todas las víctimas que se inmolaban en el templo de Jerusalem. Ella lo sabe, y sabo también que puede hacer gozar á sus hijos el rico tesoro de que es depositaria.

Por eso ha ordenado á sus ministros que siempre que celebren los santos misterios hagan mención particular de los difuntos y dignen á Dios: Acordaos, Señor, de los que nos han precedido y están en los sepulcros y que reposan en el sueño de la paz. Yo aquí en que no se reconoce una madre caritativa. Y es muy extraño que la heresia pueda endurecer tanto los corazones que les quite estos sentimientos de compasión y caridad, que el orgullo ó la obstinación los mueva á negar este sacrificio ó socorro á tantos como pudieran ayudar; que la misericordia no los haga mas dóciles á oír una verdad que les ha dicho la Iglesia en todos los tiempos, que sus padres creyeron y que interesa tanto á sus hermanos y amigos. La duda sola, no debiera bastar para determinarlos á tomar el partido mas seguro? ¿Y no es terrible tenacidad exponerse á perderlo todo por no deponer sus errores?

En fin, señor, la misa es sacrificio de impetración para obtener de Dios tanto las gracias espirituales como las temporales. Todo lo que la Iglesia pide á Dios, lo pide y lo obtiene por los méritos de Jesucristo, y por eso acaba todas sus oraciones diciendo: *Por nuestro Señor Jesucristo nuestro Hijo, que vive y reina con vos en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.* Y cómo pudiera valerse con mas eficacia de los méritos y mediación de Jesucristo que en el sacrificio del altar, en que el mismo Jesucristo en persona es la víctima, y en donde se ofrece el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de este poderoso mediador?

San Pablo nos ha dicho que Jesucristo en los días de su vida mortal fué oído por la reverencia que se le debía.

¿Es acaso un sacramento menos digno de este respeto? Y cuando intercede y se interesa por nosotros como sacrificador y como víctima, ¿hay cosa que no debamos esperar? sobre todo, cuando las gracias que pedimos por su mediación son conformes á las ideas y al espíritu de Dios, porque hay gracias de diferentes especies, y las que tienen por objeto la vida eterna, como son la santificación del alma, su adelantamiento en la virtud y su salvación, que se llaman espirituales, son incomparablemente superiores á las otras.

Particularmente para esta especie de gracias, la Iglesia presenta el sacrificio del altar. Jamás le ofrece sin pedir que todos los fieles, y especialmente los que asisten, sean admitidos en el gremio de los escogidos, y preservados de la reprobación eterna, que entren un día en la sociedad de los santos y que Dios los llene en este mundo de todas sus bendiciones celestiales. Pero porque estas oraciones son generales y que según las ocurrencias unas veces tenemos mas necesidad de ciertas gracias que de otras, la Iglesia en el desempeño del sacrificio tiene oraciones propias para implorarlas. Ya pide una fe viva ya un amor de Dios ardiente, ya la caridad para el prójimo, la humildad, paciencia, fortaleza, algunas la extirpación de nuestros vicios, y otras la extinción de cismas y herejías, cada cosa por menear y según que es mas urgente en la circunstancia.

¿A qué afectos, á qué meditaciones se deben excitar nuestras almas en aquellos preciosos momentos en que Dios se sacrifica por nosotros? ¿Qué ocasión tan favorable para que cada uno le exponga las miserias y necesidades de su corazón? El hombre las percibe cada día, no se las puede ocultar, y se queja amargamente de ellas. Se queja de las malas inclinaciones que le arrastran, de la tiranía de sus pasiones que lo dominan, de las ilusiones del mundo que lo encantan, de sus sequedades, de su indiferencia para el servicio de Dios, de la inestabilidad de sus resoluciones, de sus pocos progresos en la virtud. No es malo sentir sus males, peor sería no conocerlos y no affligirse; pero si los sentimos y los lloramos sinceramente, ¿por qué no buscamos el remedio, ¿por qué no aprovechamos el tiempo en que podemos reclamar con fruto la asistencia divina? ¿por qué no asistimos al sacrificio del altar, cuando se reanuda en él la obra de nuestra redención? Allí es donde se concede y distribuyen con mas abundancia las gracias de la salud eterna, y allí es donde se reparten mas liberalmente á los que las piden con mas ardiente devoción.

También se dan las gracias y se piden los bienes temporales. Dios no prohíbe pedirlos. En la ley de Moisés habia hostias pacíficas tanto para reconocer los beneficios recibidos como para pedir nuevos; y estos beneficios en aquella ley de esclavitud eran por lo ordinario temporales. David obtuvo con sacrificios que su reino se libertara de la peste que le afligía, y Onías obtuvo la salud de Heliodoro.

Hay otros muchos ejemplos en los libros santos, y como según san Agustín y san Crisóstomo, el sacrificio de la ley nueva contiene eminentemente y reúne en sí todas las propiedades de los antiguos, es claro que Dios le acepta también por los bienes temporales, cuando no son contrarios á los designios de su providencia. No es profanar los santos misterios emplear los méritos de Jesucristo para obtener semejantes gracias. La misma Iglesia ofrece el sacrificio por los frutos de la tierra y por la fertilidad de los campos, y

en esto mismo debemos admirar la inmensa caridad de Dios y su paternal condescendencia; pues parece que re-la y cuida de todos nuestros intereses.

No lo hacemos nosotros así, pues en los negocios que tenemos, no es este divino sacrificio nuestro primer recurso, siendo así que no hay otro ni tan eficaz ni tan seguro; pero con una conciencia esencial, y es que no se emplee sino con justas causas y en intereses legítimos; porque presentar este santo sacrificio, este sacrificio de alabanza, de propiciación y de impetración para tener con que contentar nuestras pasiones, para poder satisfacer nuestra vanidad, lisonjear nuestro orgullo y fomentar nuestros desórdenes, sería el mas abominable de todos los abusos.

Yo espero, señor, que nosotros vamos á emplearle con la mayor reverencia en fines mas útiles y mas dignos de Dios. Dadme licencia para que vaya á llamar al que debe ayudarme y estar prevenido, pues no tardaré en volver. El padre salió, y de allí á poco rato volvió á entrar con un hombre, que según su modo y traje, me pareció doméstico de la misma casa. Ambos se encaminaron á una pieza que parecía sacristía, y sin dudar lo era, para que el padre se revistiera.

¿Podráis imaginar, Tendoro, que en este corto intervalo mientras el padre salió á buscar su ayudante y se revestía, pasaron por mi cosa tan extraordinarias como aun tengo vergüenza de acordarme! Yo no habia oido misa en mi vida, pues si alguna vez por circunstancias me he encontrado en los sitios en que se celebraba, jamás estuve con atención ni respeto. Siempre la habia mirado como unas meras ceremonias. ¿Y podrá persuadirse ninguno que mi corrupción envejecida fuese de tanta perversidad, que después de tanto como me habia dicho el padre, después de lo que venia de decirme, volvieran estas ideas antiguas á perturbar mi cabeza? Si, amigo, te lo confieso para confundirme, y para que se vea lo que es la miseria de un hombre mal acostumbrado.

Desde que el padre se apartó de mí y consideré que iba á oír su misa, en un instante me hallé seco. Me acordé de tí y de todos nuestros compañeros en el desierto, y me pareció que se reían de mí si me vieran en el caso en que me hallaba. Yo mismo empezaba á sospechar que me habia empujado muy aprisa. En fin, mis antiguas ideas corrían por mi espíritu, procurando dominar mi corazón, cuando en este momento salió el padre revestido de sus vestiduras sacerdotales, y el rayo no es mas veloz en sus efectos, que esta vista á mi interior. Su presencia modesta y religiosa, el aspecto de compunción y recogimiento con que le vi acercarse al altar, produjo subitamente otros impulsos diferentes. Como la luz destierra de todas las locas imaginaciones, y volvió á renovar en mi corazón las impresiones mas vivas y avergonzadas.

Arrojéme á los pies del altar, y avergonzado de mí mismo, eché una vista rápida sobre todas las ideas que habia recibido de la divinidad de la religión y del sacrificio. Confundíme cuando reflexioné que Jesucristo, mi Dios y mi juez, iba á parecer delante de mí, y mas cuando echando otra vista sobre toda la carrera de mi vida, vi con horror el largo curso de mis iniquidades; pero me acordé que no era ahora mi juez, que era mi padre, que el altar era el trono de su misericordia, que era su bondad la que me ha-

bia traído á su casa, tal vez con el designio de perdonarnos. Yo me ejercité, mientras duró el sacrificio, con ideas de este espacio no seguidas, no tranquilas, sino tumultuosas y desaseosguías.

Pero jamás podré explicarte la impresion que sentí en el momento de la elevacion cuando la campanilla me avisó que Jesucristo estaba allí, un terror religioso se apoderó de mi alma, se me erizaron los cabellos de mi cabeza, la sangre me corría con impetu por las venas, y me parecía estar fuera de mí. Yo hubiera querido encontrar en mi corazón mas amor y confianza; pero ¡infeliz de mí! considerando mis errores, y sobre todo, mis insultos á la religion, me parece que sentí mas confusion y terror. Con todo, á pesar de mi contrabada situacion, me parece que hubo momentos en que lo pedí gracia y perdón, reconociendo con humildad que era menester que él me enseñase á pedirte, y que solo él podía inspirarme una confianza constante. Luego que el padre acabó la misa, me llevó á mi aposento y se retiró diciéndome que al siguiente día empazaríamos la confesion.

¿No admiras, Teodoro, el poder que tiene este padre sobre mí? ¡Cuántas veces su presencia sola ha calmado ya mis turbaciones y serenado mi corazón! Su vista sola penetra mi alma de este sentimiento religioso, de esta impresion evangélica que hace mirar con amor y respeto al virtuoso. En su recogimiento, su modestia, su afabilidad, en todo su exterior parece que están retratados todos los consejos del Evangelio, y con coloritos amables. Desde que conozco santos, me ha parecido que una de las pruebas mas visibles de la divinidad de la religion, es este asombroso é inimitable carácter de majestad, de franqueza y de serenidad que da á los que viven segun su espíritu.

Tú no lo sabías ni yo tampoco, Teodoro, pero ya ves que hay en la tierra hombres ignorantes del universo que viven y mueren sin que lo sepa su siglo, y que con todo son á los ojos de Dios los únicos grandes hombres que merecen el respeto y la admiracion pública. Las estatuas de los conquistadores y de otros mártires de la gloria humana se humdrán en el mismo abismo que se tragará todos los tronos y reinos de la tierra, y esto sucederá en el momento en que se desaparezca de ella el último de los escogidos. Entonces toda dominacion y grandeza terreste se borrará con el resplandor de la corona celestial de que estará adornado el discípulo humilde y oscuro de la cruz y de la penitencia.

Entonces empezará la reputacion de los héroes de la gracia y de la eternidad. Entonces nada será estimado y admirado si no es conforme á los pensamientos de Dios. El farol de la inmutabile razon, de la incorruptible verdad alumbrará por la primera vez, y á su luz se contemplarán las empresas, los trabajos y todos los movimientos que han agitado á cada uno de los hijos de los hombres.

Entonces verán todas las criaturas que el universo no era un espectáculo angusto y digno de la vista de su Criador, ni por la extension de sus imperios, ni por la magnificencia de sus capitales, ni por la celebridad de sus soberanos; sino porque servia de paso á los ciudadanos del reino de la eternidad, porque era el lugar destinado á las pruebas, á las tribulaciones y amarguras que era necesario padecerian antes de podarse elevar á la participacion de la gloria y de la vision beatífica de su Dios.

Entonces se verá que el gremio modesto y desconocido de los justos era el motivo secreto de toda la obra de la creacion, que todo se hizo y subsistia por él, que sus oraciones y gemidos eran la causa porque Dios difería el castigo de los delincuentes, y que los suspiros de un corazón inocente y puro influían en los destinos de los Estados y naciones, que toda la política de los que se figuran gobernar el mundo y tener en su mano la suerte de los pueblos.

Si, Teodoro; solo Dios puede presentar al justo un objeto tan grande y excelente como es él mismo, y solo en la inmensidad de las eternas dichas puede hallar el modelo de lo que debe ser un día. Los nombres de los dioses de la tierra están escritos sobre el polvo; pero los que temen á Dios serán eternamente grandes, porque lo serán á sus ojos y solo la divina gloria subsistirá después de la ruina de todos los edificios y monumentos de la tierra.

¡Ay, Teodoro! yo quisiera decir á todos los que son tan inusuales como yo lo he sido, hijos de los hombres, adadores estúpidos de las pasiones y puertaldades de un mundo que se acaba, si la compasion que inspiras viendo que perdéis una alma inmortal, no fuera mas fuerte que la indignacion que causa el horror de vuestra conducta, yo os diría que merecéis un yugo tan infame; porque solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse á la altura del Evangelio, y solo ellos son dignos de conocer la majestad y la hermosura de la religion.

Pero no me pertenece á mí, que he sido el mas infame de todos, improprietar á mis hermanos. Nunca debo olvidar que todos los corazones perversos tienen derecho de preguntarme: ¡Quién es el que me ha sacado de medio de ellos? El que por bondad de su soberano ha salido de la oscuridad y de la indignacion, debe enterneerse mas cuando ve las amarguras que sufren los infelices que deja en su antigua situacion, y no perder nunca de vista que él ha estado en la clase de los miserables. La de los malos y perversos es la mía.... ¡Degradado de mí si dejo un solo día de pagar á mis compañeros un tributo de lágrimas con la memoria de que he estado cargado con las mismas cadenas, y con la experiencia de los mismos males y tribulaciones que padecen ellos. Adios, Teodoro mio, hasta mañana.

## CARTA XXI.

## EL FILOSOFO A TEODORO.

Este día, Teodoro, vino el padre y me llevó á la misma capilla donde dijo la misa. Me pareció que yo la oí con alguna mas tranquilidad y devocion, y que mi corazón empezaba á sentir algun consuelo con la idea de la presencia de su Dios. Luego que concluyó el padre, volvió á conducirme á mi aposento, y habiéndose sentado, me dijo:

Hoy, señor, debemos empezar á tratar de la confesion; pero antes me parece conveniente haceros ver cómo y cuándo recibió la Iglesia esta autoridad de Jesucristo; pues luego que veáis con una luz mas clara que la del día, que en efecto nuestro Salvador divino o dió el poder de perdonar los pecados en su nombre, haréis esta grande obra con mayor confianza, y conoceréis al mismo tiempo la obligacion que impuso á los fieles de confesar los pecados.

Es muy de observar, señor, la circunstancia en que el divino Redentor comunicó á sus apóstoles el poder mas alto y extraordinario que se ha conferido jamás en la tierra, pues los estableció reconciliadores y salvadores de sus hermanos. Después de haber consumado con su muerte el último misterio de su mision laboriosa, después que ya vencedor de la muerte y del infierno sale de la tumba y entra en posesion de la soberana potestad que se le ha dado en la tierra y en el cielo, cuando ya el mundo no puede dudar de la verdad de su palabra ni de su dominio supremo sobre todas las criaturas, porque habia visto brillar los rayos de su gloria en tantos milagros, que le aclamaban Señor del universo; y en fin, cuando ya con su resurreccion habia mostrado su divinidad, entonces se prepara á formar otros hombres, que se le parecieran en el orden de la gracia, quiere dejar sucesores, desea multiplicarse y perpetuarse el mismo discipulo. Para esto se aparece á sus discípulos cuando estaban juntos, y como que conoce y quiere que conozcan que va á elevarlos hasta la altura de su soberana dignidad, como si quisiera acreditar que se prepara á una accion tan grande, que necesita de un esfuerzo particular, *sopla sobre ellos*....

¡Sopla sobre ellos! ¡Qué imagen, señor, un Dios que sopla sobre hombres! Con esta accion significa que quiere comunicarnos su espíritu, infundirles sus propios alientos, pasar á aquellos corazones el fuego, la virtud, el calor que animaban el suyo. Parece que hace uno de los mayores y de los mas milagrosos esfuerzos de su inmensa caridad, y que por este movimiento extraordinario les quiere trasladar su alma, su fuerza y su autoridad.

No hizo tanto para la creacion del mundo, ni jamás se le vió accion en que se manifestase tanto ardor. ¡Y qué les

dice después de haber soplado sobre ellos! *Recibid el Espíritu Santo. Los pecados les serán perdonados á aquellos á quienes vos los perdonáreis, y retenidos á los que vos los retuviéreis.* Como si dijera: Yo soy el Cordero que quita los pecados del mundo, yo he venido á sanar los pecadores; pero yo me voy, y os dejo en mi lugar; yo ratificaré lo que hagáis en mi nombre, yo os hago mis legatarios. Vos seréis en mi ausencia como yo soy, príncipes de la paz, padres del siglo futuro, árbitros del género humano, los verdaderos lumináres de la tierra; y os envío á los que la habitan, como mi Padre me ha enviado á mí.

¡Quién puede concebir una mision tan alta! ¡una confianza tan digna y tan útil! El hombre-Dios puso en los apóstoles y sus sucesores en aquel momento cuanto la naturaleza mortal parece capaz de recibir de su gloria y de su magnificencia, que es su poder sobre el corazón y los pensamientos de los hombres. Este hijo muy amado y adorable los hizo en cierto modo como él es, la reverberacion del esplendor divino, la repeticion de la grandeza infinita, la figura de la impenetrable sustancia, y les dió, como él habia recibido, las naciones de la tierra por imperio. ¡Ay, señor! ¿se puede pensar que aquellos á quienes Dios ha concedido dignidad tan alta y á quienes nos manda confesar nuestras miserias, no sean mas que hombres?

Sin duda que los confesores son hombres, y tal vez débiles como los penitentes; pero como ministros de Dios, como revestidos de su autoridad, son otros tantos Cristos, hijos de Dios vivo, y están marcados con un carácter divino que los hace de otra especie diferente y los eleva á un grado finito en el mundo, que casi pertenece al cielo. Son hombres; pero la virtud del Altísimo reside en ellos, y son en su ministerio superiores á los ángeles, por la fuerza y asombrosa virtud que les comunica su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y por su union con él para conducir la mayor obra de Dios, que es la fundacion de su sublime é incorruptible imperio.

Jesucristo pues comunicó con un soplo de su boca el Espíritu Santo á los apóstoles, y por su virtud la comunican estos á sus sucesores para que concedan en su nombre perdón de los pecados. Este perdón dado por el hombre viene del poder divino y es obra suya, porque el hombre jamás pudiera concederle á otro hombre. Solo Dios puede perdonar los pecados; pero el hombre que ha recibido el Espíritu Santo, puede concederle, porque el Espíritu lo puede todo, como que es Dios. Y como Jesucristo, hijo único del Padre, y cuyo Espíritu es el espíritu del Padre,